Calícula.

CALIGULA,

DRAMA EN CINCO ACTOS

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO,

POR

ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDO POR

Don Antonio Garcia Gutierrez.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1839.

PERSONAS.

CALÍGULA.
CLAUDIO.
AFRANIO.
CHEREA.
LÉPIDO.
ANNIO.
SABINO.
PROTÓGENES.
AQUILA.
BÍBULO.
UN LICTOR.
UN PORTERO.
EL GEFE DE LA GUARDIA PRETORIA.
MESALINA.
STELLA.
JUNIA.
FEBE.
ESCLAVAS, LIBERTOS, SOLDADOS *y* LICTORES.

PRÓLOGO.

Una calle que da al Foro. En primer termino á la izquierda una barberia con estas palabras escritas sobre la puerta: *Bibulus*, *Tonsor*. En segundo término, al mismo lado, la casa del cónsul Afranio con las dos hachas colgadas á la puerta. En segundo término, á la derecha, la entrada de un baño público con este rótulo: *Balnea*. En el proscenio una casa pequeña perteneciente á Mesalina, y en el fondo la roca Tarpeya.

ESCENA PRIMERA.

PROTÓGENES. DOS GUARDIAS *y* DOS ESCLAVOS, *entran por la derecha, y atravesando el teatro van á llamar á la puerta de la barberia.*

Protógenes. Hola! barbero... levántate.

Un guardia. Sin duda el pobre hombre está en este momento en los brazos de Morfeo, soñando acaso que Júpiter Stator le hace donacion de su barba de oro para adiestrarle en su oficio.

Protógenes. Tanta mas razon para despertarle si está soñando un sacrilegio. Hola! esta puerta...

Guardia. Quereis que la eche abajo? (*Bíbulo abre la ventana.*)

Protógenes. No... espera.

Bíbulo. Qué me quereis?

Protógenes. A nombre del emperador, te mando que abras esta puerta.

Bíbulo. Voy al punto. (*Cierra la ventana, y en el momento mismo se abre la puerta de la casa de Mesalina, y una esclava nubia se asoma con precaucion, observando á los que estan en la calle.*)

Protógenes. No espereis á que salga: en el momento en que asome á la puerta apoderaos de él. (*Los dos guardias ejecutan esta orden.*)

Bíbulo. Qué haceis! en nombre de los dioses, qué quiere decir esto? yo, pobre, desconocido, de raza popular, yo no he podido de ninguna manera escitar la cólera de César.

Protógenes. Los ojos de César no se han inclinado nunca hasta tan bajo lugar; su frente se levanta al cielo radiante y soberbia. Pero hay otros ojos encargados de mirar si hay entre la yerba algun insecto impuro que pretenda morder sus pies.

Bíbulo. Sí, César es un Dios, Júpiter es su padre, y Diana su esposa, y todos saben que nunca he osado con impías palabras ultrajar su divinidad.

Protógenes. En ese caso nada debes temer.

Bíbulo. (*Respirando.*) Ah!

Protógenes. Pero me han dicho que en tu casa se reunen algunos jóvenes insolentes, que hablan con estremada libertad contra César.

Bíbulo. No lo creais... quién sin estremecerse se habia de atrever á eso?

Protógenes. No lo sé; pero desgraciado del que tenga semejante audacia. Yo voy á instalarme en tu casa y á ocupar tu puesto, y como hoy es el dia en que César hará su triunfal entrada en Roma, la multitud se reunirá en el Foro para gozar de este magnífico espectáculo. De este modo acaso sorprenderé alguna palabra.

Bíbulo. Haz tu voluntad: César es el dueño de mi casa y de mi vida. César, como los dioses, debe saberlo todo; César distinguirá el error del crimen. Viva César! César es un grande emperador.

Protógenes. Marchad. (*Entra en la barberia y cierra la puerta: los guardias se llevan á Bíbulo.*)

ESCENA II.

LA ESCLAVA. CHEREA. MESALINA.

Esclava. Ya puedes salir; la calle está sola.

Cherea. (*En el dintel de la puerta.*) Cuándo llegará el dia en que pueda adormecerme en tus brazos sin recelo de que una esclava venga á anunciarme el momento de partir? Cuándo será que sin temor, á la luz del sol pueda llamarte mia?

Mesalina. Cuando muera César.

Cherea. Ah! siempre has de mezclar horribles palabras á nuestros besos ardientes! Cuánto mas vale que olvidando esos sangrientos proyectos pensemos solo en nuestra felicidad. Yo, por una sola palabra de tu boca abandonaria amigos, familia, patria, mi águila consular y mis viejos soldados que me han visto nacer y crecer en sus filas. No cambiarias tú, huyendo de esta funesta Roma, nuestro porvenir brillante por un porvenir de amor? Deja á tu esposo y á tu amante; ya encontraremos algun sitio retirado en el mundo donde ocultarnos á la venganza de mis rivales.

Mesalina. El brazo de César alcanza á todo el mundo.

Cherea. César! siempre César! hoy vuelve, y yo tengo que partir para dejarte libre y que vueles á sus brazos. Mira... esta idea me abrasa el corazon y me despedaza el alma. Tú no me amas, cruel, tú que divides entre dos amantes un corazon.

Mesalina. Qué habia de hacer? César, sin consultar mi cariño, me pidió mi amor ó mi vida, y no obtuvo lo uno ni lo otro: le entregué mi cuerpo pero no mi alma. Tú te quejas cuando pudieras vengarte, insensato! Oh! si mi brazo supiese por donde la hoja de un puñal puede abrirse paso hasta el alma, yo te juro que bien pronto contaria el Olimpo un nuevo Dios. Entonces ya no tendriamos que temer la venida del dia; nadie vendria á interrumpir nuestras caricias...

Cherea. Está bien, morirá César.

Esclava. Señora, entrad, que viene gente.

Mesalina. Adios mi Cherea... yo te amo! (*Entran.*)

Cherea. Muger encantadora! Dicen que es dificil engañarte en amores.... yo acepto el desafio; veremos quién burla á quién.

ESCENA III.

CHEREA *oculto en la puerta.* ANNIO. SABINO. CLAUDIO. LÉPIDO. (*Los tres vienen coronados de flores, los vestidos en desorden y riendo á carcajadas.*)

Cherea. Quiénes serán estos locos?

Annio. Que el infierno me confunda si no veo allá abajo arrimado á una puerta cierta cosa que tiene forma de cuerpo humano.

Sabino. Hola! quién va?

Lépido. Eres ladron de bolsas, ó de corazones? nos vienes á robar nuestro oro ó nuestras queridas?

Sabino. Dinos presto tu nombre.

Cherea. Paciencia, señores mios: para responderos y deciros mi nombre, es necesario que yo sepa los vuestros.

Lépido. Es muy justo; escucha. Este que ves á mi derecha, ó que no ves, tal es la noche de oscura, es Annio: su padre y el mio fueron amigos y ademas republicanos. Hijo de Roma, mas noble que el mismo César, como que desciende de la primera piedra que Deucalion arrojó á la tierra despues del diluvio. Este otro que está á mi izquierda.... dónde estás tú? ven... acércate aqui: este es Sabino, joven elegante y libertino, cualidades ambas por las que le adoran todas las mugeres y le temen los maridos y los padres. En cuanto á mí, yo soy Lépido: mi padre me envió á Atenas, donde he estudiado largo tiempo en el gran libro de la naturaleza, y tanto y tan bien lo he hecho, que ya dudo de todo y en nada creo sino en el placer, rayo divino que Júpiter ha colocado en el vino y en las mugeres. Para celebrar mi vuelta hemos comido hoy juntos en la taberna, como ya habrás conocido, y en ella hemos pasado la noche alegremente. Ahora, pues, que no tienes por qué ocultarnos tu nombre...

Cherea. Os engañais, amigos: tengo precision de ocultarlo... antes no os conocia, y ahora os conozco demasiado para decíroslo; asi, me permitireis que pase...

Sabino. Hola! hola! en ese caso las bromas habrán de tornarse veras.

Cherea. Me dejais pasar?

Annio. Es cosa imposible.

Cherea. Cuidado!..

Sabino. Já! já! se amosca el buen hombre.

Cherea. (*Sacando su espada.*) Atrás!

Lépido. Cómo es eso? nos amenaza?

Cherea. (*Cubriéndose el rostro con el manto.*) Os digo que pasaré, y os lo pruebo de esta manera. (*Cherea se va por entre Annio y Lépido: este quiere seguirle y Annio le detiene.*)

ESCENA IV.

Dichos, menos CHEREA.

Lépido. Qué haces?

Annio. Le he conocido... es Cherea, el amante de Mesalina.

Lépido. Eso es otra cosa... yo me inclino ante tí, oh tú, que estrechas en tu seno, una y mil veces dichoso, tan rico tesoro. Yo quiero para merecer tambien sus favores derramar desde hoy mirra y nardo en el dintel de su puerta, y colgar sobre ella guirnaldas de flores.

Sabino. Permitidme, señores mios: desde el momento en que la borrachera degenera en idilio, estoy aqui demas. Buenos dias... conozco no lejos de aqui una honrada casa donde se juega...

Lépido. Tienes dinero?

Sabino. Sí, gracias á un concienzudo judío que me presta al módico interés del veinte por ciento. Un dia de estos te presentaré á él. Dónde te encontraré luego?

Lépido. Aqui, en la barberia de Bíbulo, frente á la casa del objeto de mi nuevo amor.

ESCENA V.

LÉPIDO. ANNIO.

Annio. Escucha, Lépido; el menos borracho de los tres, sin disputa, soy yo.

Lépido. En hora buena.

Annio. Quieres vivir, ó morir? escoge.

Lépido. Yo?

Annio. Tú.

Lépido. No es dudosa la eleccion.

Annio. Responde.

Lépido. Pues bien, quiero vivir.

Annio. Entonces, vámonos de aqui.

Lépido. Yo! sin ver á esa muger encantadora!

Annio. Insensato! mil veces insensato, que deseas ver á Mesalina!

Lépido. Véase como el verdadero mérito encuentra en todas partes enemigos.

Annio. Pero, no sabes quién es esa muger?

Lépido. Sé que su divino cuerpo encierra un corazon de fuego.

Annio. Pues bien, yo te diré lo demas. Mas te valdria atraer sobre tu frente la cólera del cielo que la mirada lúbrica de esa cortesana. Créeme: teme á esa muger de ojos sombrios y de labios pálidos; no pienses que su amor es un amor dichoso, alegre, encantador, que adormece al alma en un éxtasis delicioso, y al cuerpo en un lecho cubierto de rosas, no... los suyos son amores sombrios y taciturnos, que mas de una vez han arrastrado tras sí cadáveres sangrientos.

Lépido. Qué dices?

Annio. Te digo lo que todos te contarán en Roma, ó mas bien te callarán, porque ninguno de nosotros sabe, ahora que empieza á alumbrar el dia, en qué calabozo ó en qué tumba cerrará esta noche los ojos muerto ó cautivo. Asi es que el que se atreve á hacer frente á tales peligros, antes de todo da libertad á su mas fiel esclavo, y le esconde un puñal debajo de su túnica, para que con una muerte pronta le libre de la tortura. Sí, por todas partes estamos espiados: nos espia el ave que vuela sobre nuestras cabezas, los árboles de los bosques... Dudas aún?

Lépido. Sí.

Annio. Bien, tú lo verás.

Lépido. El miedo te hace ver visiones, amigo: no dudo que el emperador guste alguna vez de hacer temblar á Roma; pero al cabo no es mas que un hombre nacido del seno de una muger.

Annio. Bien se conoce que vienes ahora de Atenas. Sí, en efecto, en otro tiempo era un hombre como nosotros; su alma abrigaba algunos sentimientos humanos; pero esa muger, no sé por qué horrible designio, ha derramado en la copa de César algun licor

misterioso que le ha perturbado la razon; tanto, que ya no es Calígula sino Mesalina la que manda en Roma. Esta es otra razon por la que debes apartar tu mirada de esa peligrosa muger! Espejo incestuoso, que ciega de tal modo al emperador, que no ha reparado aun en su cohorte de amantes, muriendo víctimas de su fatal amor, y á Cherea á quien ella deja vivir, sin duda con algun objeto que sabremos algun dia.

Lépido. Pues bien, sea... tomaré tus consejos y renunciaré á su amor, pero no á verla. (*Se abre la puerta de la casa de Mesalina.*)

Annio. Tu deseo fatal va á cumplirse: Mesalina va á salir y puedes verla á tu sabor. Yo he hecho cuanto he podido... guárdate de seguirla.

ESCENA VI.

Los mismos. MESALINA *recostada en una litera de color de púrpura y bordada con flores de oro, interiormente iluminada por una linterna con dibujos dorados. Cuatro esclavos llevan á hombros la litera, y los dos que van delante tienen cadenas y riendas de oro colgadas al cuello. Detras la esclava nubia.*

Annio. Se dirige al palacio. (*La litera atraviesa la escena y se va por la izquierda.*)

ESCENA VII.

Los mismos. PROTÓGENES: *luego el* CONSERGE *de la casa de* AFRANIO. UN MENDIGO. EL CONSUL AFRANIO. PUEBLO Y JÓVENES ROMANOS.

Lépido. Ahora, pues, que se han disipado mis vértigos, te parece que hagamos despertar á Bíbulo?

Annio. Ya está levantado.

Protógenes. Buenos dias, nobles jóvenes.

Lépido. Buenos dias. ¿Quieres que nos peinemos?

Annio. Bien.

Protógenes. Soy con vosotros al momento... voy á arreglar la tienda.

Lépido. (*Entrando en la peluquería.*) Quieres tú decirnos qué viene á hacer aqui tan temprano esta gente?

Protógenes. Viene á pedir la sportula al cónsul Afranio.

Lépido. Quién es ese Afranio? quiénes son sus parientes? los conoces tú?

Annio. Y cómo si los conozco! Su padre es el orgullo y su madre la intriga. (*El portero del cónsul abre la puerta y hace retroceder á la multitud: tiene una cadena atada á la cintura y una varita en la mano.*)

Portero. Hola, bribones!... haceros un poco atras... Pasad, pasad vos, noble Cayo; los demas que esperen y tengan paciencia ó que se vayan.

Lépido. Y cómo ha conseguido el consulado? habrá prestado dinero al emperador, ó le habrá vendido su hija ó su hermana?

Annio. Mucho mas que eso: estando á punto de morir César, ofreció á los dioses su vida porque salvasen la de su dueño. (*Salen los lictores.*)

Lépido. Sin duda va á salir: ya veo los lictores.

Annio. Acaso irá al templo á consultar los auspicios con los senadores.

Afranio. (*Saliendo de su casa.*) Romanos: no dudeis que los dioses se mostrarán propicios: corred al templo; revestid las estatuas con sus armaduras de oro, y derramad por las calles flores y perfumes, porque hoy entra vencedor en Roma César. Viva el emperador! (*Vase seguido de los lictores.*)

Pueblo. Viva el emperador!

Protógenes. Estais listos, señores?

Lépido. Sí.

Protógenes. Quereis sentaros?

Lépido. Espera.... dame el espejo y el peine; yo me arreglaré el cabello.

Protógenes. Cómo quereis que os lo rice?

Lépido. Quiero que caiga anillado sobre la espalda.

Annio. No tienes las actas diurnales?

Protógenes. Aqui estan.

Lépido. Lee en voz alta y eso nos distraerá. (*Un mendigo sale, trayendo colgado al cuello un cuadro que representa un naufragio.*)

Mendigo. Señores!... tengan piedad de un pobre náufrago, que hace seis meses vió sumergirse en el mar

todas sus riquezas en medio de una horrible tempestad, y aun él mismo solo salvó su vida nadando. Aqui vereis en este cuadro que traigo al cuello, representado exactamente aquel acontecimiento.

Un criado de la casa de baños. Al baño, señores, al baño.

Mendigo. Por piedad, señor!...

Lépido. (*Dándole un Filipo.*) Toma, bribon.

Mendigo. Oro! (*Besando la moneda.*)

Annio. (*Leyendo.*) «Quince de enero.... ya hace cinco dias...

Protógenes. Son los mas recientes.

Lépido. Lee, lee.

Annio. (*Leyendo.*) «Dos gemelos que fueron ayer espuestos en velabro, han sido recogidos y adoptados como hijos por un rico comerciante calabrés.»

Lépido. Buen hombre!

Annio. (*Continúa.*) «El banquero Póstumo que habia hecho banca-rota, fue sorprendido en el momento en que se disponia á huir, valido de la oscuridad de la noche. Inmediatamente fue conducido á la presencia del Pretor Urbano.»

Lépido. Ladron!

El criado. Al baño, señores, al baño.

Annio. (*Lee.*) «El dia veinte y uno próximo, despues que los sacerdotes hayan ofrecido sacrificios á los dioses, el grande y poderoso emperador Calígula entrará en Roma...»

Lépido. Eso es lo interesante.

Annio. «Vencedor de la Bretaña y de la Germania...»

Lépido. (*Mirándose al espejo.*) Por mi vida, es una estraña manía la del emperador: porque ha nacido de un soldado, de un guerrero, querer tambien cubrirse la cabeza de laureles. Eso podia ser muy bueno para César, que era calvo desde la frente hasta la nuca, pero él...

Annio. Lépido!

Lépido. (*Arreglándose la barba.*) Eh?

Annio. Nada.

Lépido. No lees?

Annio. No.

Lépido. Por qué?

Annio. Porque estoy cansado.

Lépido. Bá!

Protógenes. Quereis que siga?

Lépido. Sí, sí... (*A Sabino que entra.*) Llegas á buen tiempo... seguid... quedamos en la entrada triunfal de César.

Protógenes. (*Lee.*) «Vencedor de la Bretaña y de la Germania, trayendo para adornar los templos de nuestros dioses, veinte carros cargados de objetos preciosos, despojos de la gloriosa guerra que ha hecho á los paises mas remotos...»

Lépido. Cuatro sacos de guijarros.

Protógenes. «Y arrastrando tras sí como Germánico á los fieros hijos del Norte encadenados y vencidos.

Lépido. Sí, ya conozco esa farsa. Un dia al levantarse de la mesa ganó el emperador esa formidable batalla, en que sesenta galos vestidos de germanos, cayeron todos vivos en su poder. No hay mas que eso?

Protógenes. Nada mas. (*Vase.*)

Mendigo. (*Acercándose á Lépido.*) Sed mas prudente, jóven: en Roma hay mas espías que piedras.

Annio. Huye, Lépido; no pierdas un instante.

Lépido. Por qué?

Sabino. Ese barbero no es Bíbulo, sino algun infame delator que por nuestra desgracia ha tomado sus vestidos y ocupado su puesto.

Lépido. Os asustais de nada... qué he dicho yo?

Annio. Nada... lo que basta en Roma para causar la muerte de tres hombres.

Lépido. Os he comprometido acaso?

Sabino. No; pero sí á tí mismo.

Lépido. Es decir, que solo por mí teneis miedo.

Annio. Por tí solo.

Lépido. En ese caso...

Sabino. Huye.

Lépido. No; me quedo.

Annio. Oh! qué horrible idea!...

Sabino. Piénsalo bien... no es la muerte lo mas cruel, sino la tortura.

Lépido. No esperaré yo á que llegue ese caso.

Annio. Piensas al fin huir?

Lépido. De ningun modo.

Sabino. No te comprendo.

Lépido. Quereis que perseguido por los soldados del tirano como un ciervo en los bosques, atraviese llanos y montañas, sufriendo hambre y sed, calor y frio? No, no...

Annio. Pues es fuerza elegir entre el tormento ó la fuga.

Lépido. No hay un medio de librarse del uno y de la otra?

Sabino. No le alcanzo.

Lépido. Le hay, sin embargo.

Annio. Acaso la muerte.

Lépido. Cierto.

Annio. Tú! morir á tu edad!

Lépido. Y por qué no? La vida del hombre se debe contar por los dias de felicidad que en ella se han disfrutado... Bajo este punto de vista, yo he gozado de una larga existencia. Dejadme morir, hermanos mios... ¿qué mayor felicidad que morir jóven, creyendo en los dioses, en la patria, en el amor y la amistad?

Annio. Lépido!

Sabino. Hermano!

Lépido. Basta. (*Al esclavo de la casa de baños.*) Esclavo!

Esclavo. Señor!

Lépido. Haz preparar un baño voluptuoso, tibio y perfumado. (*Vase el esclavo.*)

Sabino. Insistes por fin...

Lépido. Toma esta cadena, Sabino, que me regaló una hermosa ateniense. Tú, Annio, toma este puñal; cuando todo te falte, ese es un amigo fiel que te socorrerá. Ahora, separémonos... Mi preceptor decia que la muerte no era mas que un sueño profundo, sin ilusiones... Adios, voy á morir.

Annio. Un Dios te vengará, Lépido.

Lépido. Yo lo espero. (*Entra en la casa de baños.*)

Pueblo. Un correo! un correo!

Afranio. Abrid paso: es el noble Claudio, tio del César.

ESCENA VIII.

AFRANIO. LOS LICTORES. EL PUEBLO *y* CLAUDIO *que viene vestido con una túnica, sin toga ni manto, y trae en la mano una carta cubierta de laureles.*

Claudio. El mismo; pero haz callar á ese pueblo, y dí á los lictores que nos rodeen. (*Los lictores forman un círculo alrededor de Claudio y Afranio.*)

Afranio. Que tienes?

Claudio. Estoy fatigado. César me eligió para que fuese portador de la carta triunfal; á mí, que apenas puedo moverme... ah!

Afranio. (*Con misterio.*) Sin duda te envia el cielo.

Claudio. Mejor dijeras el infierno.

Afranio. (*En voz baja.*) Se han consultado los augurios....

Claudio. Y qué...

Afranio. Son fatales.

Claudio. Eso no me sorprende... sin duda presagian mi muerte.

Afranio. Acaso caiga el golpe sobre una cabeza mas elevada que la tuya.

Claudio. Mas elevada?... En ese caso, poco me importa.

Afranio. Por la noche se han visto soldados en el cielo combatiéndose con furor: una tempestad ha estallado viniendo de derecha á izquierda: la becerra ha mugido caminando hácia el altar, y cuando el sacrificador buscó su corazon en las entrañas, no le halló. Sea presagio ó casualidad, esto mismo sucedió cuando el gran César fue asesinado por Bruto.

Claudio. Y qué juzgas tú de todo esto?

Afranio. Que una desgracia semejante puede ser una felicidad para algun otro...

Claudio. Calla!... esos presagios...

Afranio. Qué?

Claudio. Yo no creo en ellos, Adios; ya he descansado algun tanto. (*Vase.*)

Afranio. El zorro viejo ha visto el lazo bajo el cebo. Necio como es, ó como le creen, ese hombre es mas previsor que yo.

Protógenes. (*Con sus primeros vestidos.*) Cónsul, necesito dos lictores.

Afranio. Llévalos. (*Protógenes entra con los lictores en la casa de baños.*)

ESCENA IX.

AFRANIO. AQUILA. STELLA: *despues* PROTÓGENES.

Un decurion. (*Seguido de soldados pretorianos.*) Viva el César!

Los lictores. (*Haciendo retroceder al pueblo.*) Paso..... atras; que viene el emperador!

Un lictor. (*En un bastidor.*) Apéate de tu caballo, y tú de esa litera... abajo los dos.

Aquila. Desgraciado de tí, lictor, si tu mano... (*Viendo á Afranio.*) Eres cónsul, ó senador?

Afranio. Cónsul.

Aquila. Tus lictores estan insultando á una muger: mándales que nos dejen pasar.

Afranio. Eso es imposible: viene ahí ya el emperador.

Aquila. Es verdad.

Afranio. No ves al mensagero que sube al Capitolio?

El pueblo. Viva César!

Afranio. Ves allá abajo al emperador en su carro?

Aquila. Sí, sí... ven, Stella, á ver á César.

Afranio. (*Deteniéndole.*) Por tus cabellos rubios que caen sobre tus espaldas...

Aquila. Me llamo Aquila: he nacido en las Galias, y tengo derecho de ciudadano. Ven, Stella.

Stella. (*Cubierto el rostro con un velo.*) Tengo miedo.

Aquila. Y por qué? Ven.

Afranio. Y esa jóven?

Aquila. Es la hermana de César, si puede llamarse asi la que es hija de su nodriza.

Afranio. Y has nacido en Roma, jóven?

Stella. Sí... ¿conoces tú á mi madre Junia?

Afranio. Mucho: tiene grande influencia en el alma de César.

Stella. (*Levantando su velo.*) Hoy vuelvo á verla despues de cinco años de ausencia.

Afranio. Acércate... lictores, proteged y respetad á esta jóven.

Stella. Gracias.

Pueblo. Viva el vencedor!... viva! (*Empieza á desfilar el acompañamiento: los soldados que traen los trofeos, vienen los primeros: despues*, Incinato, *el caballo de campaña de Calígula, conducido por dos senadores; luego porcion de niños coronados de rosas y arrojando flores por el suelo: por último Calígula en un carro de marfil y oro y tirado por soldados prisioneros, de los cuales sigue tambien una parte el carro. Al atravesar César el teatro sale Protógenes de la casa de baños seguido de una litera, donde traen el cadáver ensangrentado de Lépido.*)

Sabino. Lépido!

Annio. Qué horror!

Calígula. (*Al pueblo.*) Hijos, al Capitolio.

Pueblo. Viva el emperador!

Annio. Venganza, Sabino.

Sabino. Sí... venganza.

ACTO PRIMERO.

Una habitacion elegante. A la izquierda, en primer término, los dioses Lares colocados en un nicho en la pared; delante de los dioses un pequeño altar: un lecho de reposo y otros muebles. Dos puertas laterales, y otra en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

JUNIA, *arrodillada delante del altar.*

Penates familiares! divinidades rústicas! vosotras que velais dia y noche sobre esta tranquila morada, yo os imploro. Oh! si mis oraciones, si mi ardiente piedad os han sido gratas, yo os ruego que escucheis los votos de una triste madre. Mi hija, mi hija! qué hermosa era, con su dulce sonrisa, con su frente pura y sus ojos serenos y azules como el cielo!

ESCENA II.

JUNIA. STELLA. AQUILA. FEBE. (*Febe aparece á la puerta guiando á Stella y Aquila: quiere Febe avisar á Junia, pero Stella la detiene y se acerca con sigilo al altar hasta encontrarse frente de su madre. La esclava se retira.*)

Junia. Guardadla y protegedla, y permitid que mis ojos la vean á esta hija querida y tanto tiempo llorada.

Stella. Vedme aqui, madre mia.

Junia. (*Arrojándose en sus brazos.*) Mi Stella! hija del alma! sí... es ella!.. deja que te vea... qué hermosa estás!

Stella. Madre!

Junia. Déjame tocar tus largos cabellos. Si vieras qué dichosa soy!

Stella. Y yo tambien. Ah! no es verdad que es cosa horrible la ausencia?

Junia. No me hables de eso: ya he encontrado mi perdido bien.

Setella. (*Señalando á Aquila.*) Y á él, madre mia, nada le dices?

Junia. Sí.... seas bien venido, Aquila.... no vienes á á abrazarme?

Aquila. O noble Junia!

Junia. (*Abrazándole, le dice en voz baja.*) Aquila, me ciega acaso mi ternura? no es muy bella?

Aquila. Como una diosa.

Junia. Hija mia! algun genio protector ha velado sobre tu vida.

Stella. Vedle ahí: él es el que sin cesar, olvidado de sí mismo, ha protegido mis dias con el amor de un hermano.

Junia. Hacia su deber cuidando de su amante y de su esposa. Creo que esta palabra te hace ruborizar. Bien, sentémonos. Tú tendrás sin duda mil cosas que decirme.

Stella. Sí, madre; tengo que comunicaros un gran secreto.

Junia. Habla.

Stella. En primer lugar, ya no me llamo Stella: mi nombre es Maria.

Junia. Qué dices? y por qué motivo...

Stella. Perdon.

Junia. Maria!

Stella. Sí, es el nombre de una santa virgen.

Junia. Pero el otro era...

Stella. El que me habia dado una madre querida, ya lo sé: por eso quiero conservar los dos.

Junia. Pero no me esplicarás ese misterio?

Stella. Oid. Estaba yo una noche á la orilla del mar, no lejos de Narbona: reinaba un silencio profundo, solo interrumpido por el sordo murmullo de las serenas olas. De pronto veo caminar hácia la orilla una barca sin remos y sin piloto, donde venian dos hombres y dos mugeres; pero lo que mas admiracion me causó, fue notar que sus frentes estaban ceñidas de una luciente aureola que despedia tan vivos rayos,

que hube de cerrar los ojos deslumbrada, y cuando volví á abrirlos ya los divinos viageros estaban á mi lado. Los cuatro venian del interior de la Siria: un edicto cruel los habia lanzado de su patria y los arrojaron al mar en una débil barca sin agua, sin pan y maniatados, en medio de una horrible tempestad. Pero apenas tocó el ligero esquife la superficie de las aguas, habiendo entonado los santos marineros un cántico religioso, el huracan plegó sus alas mugidoras, el mar se tranquilizó, y apareciendo un sol mas puro en los cielos, inundó la nave de un círculo radiante de fuego.

Junia. Ese es un prodigio.

Stella. Un milagro, madre mia.

Junia. Dí, dí lo demas.

Stella. Tres de ellos tomaron diferentes caminos, y la que quedó, que era la mas hermosa, preguntó si los montes ó los bosques vecinos la podian proporcionar algun secreto retiro, que para siempre la separase del mundo. Aquila se acordó entonces de haber penetrado en una cueva profunda, ignorada de todos; una gruta abierta en el centro de los Alpes. Al dia siguiente servímosla de guia, y aquella hermosa muger caminando descalza sobre las piedras y las espinas, subió por las montañas hasta llegar al apartado asilo, y allí cayó sin fuerzas y sin aliento.

Junia. Cuál es el nombre de esa muger?

Stella. Magdalena. Madre, esta muger, insensible á los dolores, habia disipado sin embargo su juventud entre perfumes y flores, y en el seno de los placeres prohibidos por el cielo. Pero un dia murió su hermano, el hermano á quien amaba con todas las veras de su alma, y por la primera vez de su vida, rezó con fervor volviendo sus ojos al cielo. Supo entonces que un hombre á quien llamaban Jesus, hijo de Maria, profeta venerado que contaba los dias de su vida por sus milagros, debia pasar por allí al dirigirse á Samaria. Fue, pues, á buscarle, y cayendo á sus pies de rodillas, esclamó: «mi hermano ha muerto!» Comprendió Jesus todo su dolor y la dijo: «vamos.» Cuando vinieron, ya los despojos mortales estaban envueltos en el sudario y encerrados en el

sepulcro. Magdalena lloraba alzando los brazos al cielo, y el Salvador la dijo: « muger, no llores; » y dirigiéndose al sepulcro y tendiendo sobre él una mano, dijo: «Lázaro, levántate;» y Lázaro apenas oyó esta voz tutelar, rompió con la frente el mármol de su tumba, diciendo: «aqui me teneis.»

Junia. Sin duda habrán levantado altares á ese hombre.

Stella. No; fue conducido como un malhechor á la presencia del pretor de Roma, porque decia que el débil y el fuerte eran iguales delante de Dios, como lo son delante de la muerte. Quisieron quitarle la vida y le sentenciaron sin piedad. Pero á la vista de los judios, reunidos en el Calvario, mientras que los verdugos, ciegos con su rabia, creian enclavar sus manos en una inmunda cruz; madre, ellos no hacian mas que estender los brazos del Salvador á uno y otro estremo del mundo. Este es el hombre cuya ley he recibido... si he hecho mal, perdonadme. (*Se arrodilla.*)

Junia. No prohibe su ley el amor á los padres?

Stella. No, antes hace de él un deber.

Junia. Nada encuentro en ese culto que me haga temer, y nuestro panteon es bastante espacioso para recibir en él otro Dios entre nuestros antiguos dioses. (*Entra Febe.*)

Febe. Señora, á la puerta ha parado una cohorte de hombres á caballo.

Junia. (*Levantándose.*) Sin duda algun noble romano viene á visitarnos.

Aquila. (*Que se ha asomado á la puerta.*) Es el César.

Stella. El César! voy á ocultarme.

Junia. Por qué?

Stella. Dicen que es un malvado.

Junia. No lo creas.

Stella. No importa... ven, vèn, Aquila. (*Vanse Stella y Aquila.*)

ESCENA III.

JUNIA. CALÍGULA. AFRANIO.

Junia. El emperador en mi casa?

Calígula. Sí, amada nodriza... pasaba por aqui casualmente, y he venido á saludarte. Seis meses há que no te habia visto.

Junia. Algun dios me proporciona sin duda esta imprevista alegria. Pero... podré atreverme aun á llamar hijo mio al que vuelvo ahora á ver victorioso y triunfante?

Calígula. Ha llegado á tí la noticia de mis combates contra esos pueblos feroces?

Junia. No dicen que la fama tiene cien bocas?

Calígula. Tú me lisonjeas, querida madre.

Junia. No digo sino la verdad.

Calígula. (*Recostándose en el lecho.*) Cierto?..

Junia. Mucho hemos temido por tí: se ha dicho que Júpiter, envidioso de la gloria del Dios que impera en la tierra, habia querido destronarle. Juzga cuál seria nuestra inquietud.

Calígula. Sí, ya estuve á las puertas de la muerte, cuando el noble Afranio ofreció al padre de los dioses su vida, con tal que prolongase la mia, y Júpiter oyó sus ruegos.

Afranio. Hice lo que otro cualquiera hubiera hecho en mi lugar. Y qué peligro podia correr en ello? César es dios, y no puede morir.

Calígula. Sin embargo, tantos dioses han visitado el infierno desde el divino Rómulo hasta el divino Tiberio, que otro menos leal lo hubiese mirado bien antes de arriesgar semejante promesa. (*Febe entra trayendo en un plato vino y frutas.*)

Junia. César me dispensará el honor de aceptar el vino de mi casa y los frutos de mis jardines?

Calígula. Sí, pero creo que me los debias presentar por otras manos mas nobles.

Junia. (*Tomando la copa.*) Es justo.

Calígula. Qué haces?

Junia. Voy á servirte por mí misma...

Calígula. Ese deber toca á mi hermana.

Junia. Ya sabes que ha venido?

Afranio. César es dios, y todo lo sabe.

Junia. Febe, ve á buscar á Stella. (*Vase Febe.*) Apenas hace una hora que ha llegado. Mirala.... ahí viene! No es cierto que es hermosa?

Calígula. En efecto... y quién es ese que la acompaña?
Junia. El que ha de ser muy en breve su esposo.

ESCENA IV.

Los mismos. AQUILA. STELLA.

Stella. (*Arrodillándose.*) Divino César!..
Aquila. (*Inclinándose.*) Emperador radiante!..
Afranio. (*Aparte á Calígula.*) Te habia engañado?
Calígula. No, por todos los dioses. (*A Junia.*) Y cómo has podido pasar cinco años separada de tu hija? sin duda habria para ello un motivo en estremo poderoso. Cuéntamelo tú, hermana mia.
Stella. Nunca me ha querido esplicar mi madre el motivo de esta larga ausencia.
Junia. Stella!
Calígula. (*Sonriendo.*) Por mi vida que son estraños esos misterios.
Junia. Vé al jardin, y coje para tu hermano las mas hermosas frutas que encuentres.
Calígula. Te vas?
Junia. Al punto vuelve. (*Stella se va.*) Ahora que no nos escucha, quieres saber por qué me he separado de esta flor querida? De temor, César... de temor de que fuese marchitada. Acuérdate de Tiberio, aquel para quien los soldados vendidos á su tiranía arrancaban del seno de sus familias las mas preciadas doncellas. Cómo hubiera podido en aquel tiempo de opresion y de infamia conservar á tu hermana á mi lado, para que en la noche me la hubiesen arrebatado en alguna barca fugitiva, mientras ella se paseaba en la orilla del rio, y otro dia me devolviesen las ondas su cadaver, marchito con los besos del inmundo viejo? Afortunadamente ha desaparecido la causa de estos temores, y por eso he querido que volviese á mi lado, porque en caso de algun peligro, tiene un hermano poderoso que la defenderia, no es verdad?
Aquila. Un galo toma sobre sí el cuidado de protegerla, y sin la ayuda de nadie guardará sin duda el tesoro que debe algun dia pertenecerle.
Junia. Ah! perdona si su altivez...

Calígula. Ya conozco á mis valientes galos, y me agrada por cierto su ruda austeridad.... tranquilízate. Ademas de eso, tu yerno es mi hermano: déjanos hablar de guerras y de caza. (*Volviéndose á Aquila.*) Ahí tienes el arco, Afranio, y las flechas con que el intrépido galo persigue en sus antiguos bosques á las fieras mas indomables.

Aquila. Ay! ya no existen nuestras florestas druídicas! yo era niño aun cuando vinieron de lejanas tierras destructores enemigos, cuyas manos profanas trocaron en llanos nuestros sombríos bosques, derribaron los altares y proscribieron nuestros dioses. Desde entonces no hay cazador que merezca tal nombre, porque no es cazar dirigir cobardemente una flecha al corazon del gamo tímido y descuidado, ó herir al águila, que con los ojos fijos en el sol no puede mirar en la tierra á su pérfido enemigo.

Calígula. Sin embargo, en esa caza, hoy tan despreciada, debes ser sin duda hábil, y tu mano diestra enviará seguramente la flecha al objeto que la indique el ojo.

Aquila. Estoy cierto de hacerlo asi.

Calígula. Dame la prueba.

Aquila. (*Acercándose á la puerta.*) Ves allá en el cielo un cisne espantado que huye de un milano? A cuál de los dos quieres que detenga en su vuelo?

Calígula. Desde tan lejos?

Aquila. Dí, pues.

Calígula. Al milano.

Aquila. Sigue la flecha.

Calígula. Por vida mia! cierto... muy cierto! Es un tiro que solo viéndolo puede creerse. Ve á traerlo.

ESCENA V.

CALÍGULA. AFRANIO.

Calígula. Ya estamos solos... escucha. Es necesario que á toda costa me lleves mañana á palacio esa hermosa doncella, lo oyes?

Afranio. La tendrás, pero... y ese hombre?

Calígula. Haz de él lo que quieras.

ESCENA VI.

Los mismos. STELLA. JUNIA : *luego* AQUILA.

Stella. (*Con una cestilla de frutas.*) Nuestros jardines, divino César, estan ahora esquilmados: perdonad.
Aquila. (*Trae el milano atravesado de una flecha.*) Ahí tienes el milano que me pediste.
Calígula. Bien! (*Tomando su copa.*) Echa vino, querida nodriza. (*A Aquila.*) Jóven, á la felicidad de tus amores. (*Bebe y da la copa á Aquila, el cual la apura.*)
Aquila. Gracias, César.
Calígula. Adios.
Junia. Adios, noble hijo mio...
Aquila y *Stella.* César, salud. (*Empieza a anochecer.*)

ESCENA VII.

Los mismos, menos CALÍGULA *y* AFRANIO.

Junia. Ahora bien, hija mia, conservas todavía el mismo terror á tu hermano?
Stella. No, madre; César es bueno y te ama.... ¿cómo puedo yo dejar de quererle?
Junia. Y tú, Aquila?
Aquila. César ha respetado nuestras leyes, y jamas ha hecho mal á los galos: los dioses prolonguen sus dias.
Junia. Bien... Ah! ahora recuerdo... mi hijo tiene derecho de ciudadano de Roma.
Aquila. Nací bajo el derecho latino; pero habiendo ejercido algunos empleos importantes del imperio, tengo por ellos derecho de ciudadano.
Junia. Ya sabes que en ese caso hay obligacion de presentarse al pretor urbano á noticiarle tu llegada. El pretor Léntulo vive muy cerca de aqui... Id, hijos mios, y volved al momento.
Aquila. Tranquilízate; pronto estaremos aqui.

ESCENA VIII.

JUNIA. FEBE, *entrando con un gran candelabro de bronce.*

Junia. Febe?
Febe. Señora?
Junia. Está todo preparado conforme te ordené?
Febe. Todo.
Junia. Bien... y el baño?
Febe. Podeis ir cuando querais.
Junia. (*Estremeciéndose.*) Febe!
Febe. Qué?...
Junia. Calla!... no, nada. Me pareció haber oido gritos. Dime; la habitacion de Stella... ¿No oyes?
Febe. Hácia qué lado?
Junia. (*Señalando á la puerta por donde salieron sus hijos.*) Por allí.
Febe. Ilusion.
Aquila. (*Desde fuera.*) Madre!
Junia. Lo has oido bien? una voz...
Aquila. Madre!
Junia. Es la voz de Aquila.

ESCENA IX.

Los mismos y AQUILA: *luego el* PRETOR URBANO. PROTÓGENES. DOS TESTIGOS Y DOS LICTORES.

Aquila. (*Con la espada en la mano.*) Ah!
Junia. (*Retrocediendo espantada.*) Qué has hecho de Stella?
Aquila. Me la han robado.
Junia. Miserable! la habrás defendido mal.
Aquila. Mira.
Junia. Sangre!
Aquila. Mia.
Junia. Herido!
Aquila. Qué importa?
Junia. Pero mi hija!...
Aquila. Eran diez. Escucha, reune á los de tu casa, armémonos y corramos. Yo los reuniré, y por el

cielo, oh, madre mia! te juro que la traeré.

Junia. Dices bien; que se armen mis esclavos, mis criados, y corramos todos. (*El pretor urbano, Protógenes y los dos testigos aparecen á la puerta, seguidos de los lictores.*)

Pretor. Espera.

Junia. Qué quieren esos hombres en mi casa?

Aquila. Será alguna nueva traicion.

Junia. Criados!

Pretor. Silencio. En tu casa ha sido hoy mismo recibido un esclavo, á quien reclama su dueño.

Junia. En mi casa... no: ningun fugitivo....

Protógenes. Dices que no? mírale ahí. (*Señala á Aquila.*)

Aquila. Yo esclavo!

Protógenes. Tú.

Aquila. Yo!...

Protógenes. Te atreves á negar á tu dueño?

Aquila. Tú mi dueño!

Protógenes. Yo mismo.

Aquila. Pretor, este hombre está demente.

Protógenes. Presentaré mis testigos.

Junia. Ved que ese es mi hijo.

Pretor. Silencio. (*A los testigos.*) Venid.

Aquila. Sí... eso es: mirémonos cara á cara. ¿Me conoceis?

Testigo 1.º Sí.

Aquila. Cómo!

Junia. Por favor... mira que te engañan. (*Al Pretor.*)

Aquila. Vos me conoceis?

Testigo 1.º Perfectamente.

Pretor. (*Presentando dos piedras á los testigos.*) Jurad.

Testigo 1.º Por Júpiter... por el divino Augusto, juro en tus manos que la demanda es justa, y que yo reconozco á este hombre (*Señala á Aquila*) por esclavo de este. (*Señalando á Protógenes.*) Si miento, que Júpiter me arroje de sí, como yo lo hago con esta piedra. (*Tirando hácia atras la piedra.*)

Pretor. (*Al testigo* 2.º) Haces tú el mismo juramento?

Testigo 2.º Sí.

Aquila. (*Confundido y dejando caer la espada.*) Impostores!

Pretor. Lictores, prended á ese esclavo. (*Los lictores*

se apoderan de Aquila: todos salen de la escena, menos Junia.)

ESCENA X.

JUNIA.

Aquila! Stella! oh! estoy sola! y esto ha pasado delante de mis ojos y en presencia de mis dioses. Quién os ha quitado el poder, ó quién ha vendado vuestros ojos, que no habeis visto lo que aqui ha sucedido? Y si nó, por qué no habeis lanzado un rayo que los hubiese reducido á polvo? ¡Oh, simulacros vanos! cuando érais de frágil barro, bien podia una madre confiaros el virginal tesoro de su hija; pero desde que os han hecho de mármol ó de oro, estériles defensores, egoistas emblemas, ya no cuidais mas que de guardaros á vosotros mismos, y volveis á otro lado el rostro en presencia de la traicion. (*Los arroja al suelo y los pisa enagenada de furor.*) Oh! yo os reduciré á polvo!... vosotros sois dioses falsos.

ACTO SEGUNDO.

Una azotea del palacio de César en el monte Palatino, cercada de una galería y cubierta de estofas atálicas. Dos puertas laterales y otra al fondo. A la derecha del espectador un lecho de bronce y á la izquierda una mesa. Al levantarse el telon se oye una gran tempestad.

ESCENA PRIMERA.

CALÍGULA *y porcion de* ESCLAVOS *que le rodean.*

Calígula. No os aparteis de aqui, esclaves, mientras la tempestad amenaza mi cabeza. Sin duda el padre del rayo, envidioso de mi poder, lanza contra mí esta horrible tempestad. ¡Oh, Júpiter! desarma tu cólera... yo no soy Dios, no...

Esclavo. Señor, la tempestad se aleja: nada debeis temer.

Calígula. Qué dices? es cierto? Si asi fuese, yo te juro que te daré libertad, y á tu muger, y... (*Se oye un trueno.*) Mientes, esclavo, mientes.

Esclavo. Cada vez se oye el trueno mas lejos.

Calígula. Tienes razon... el huracan se apacigua, y al fin puedo respirar. Todavía soy César, el árbitro del imperio, el todopoderoso á quien acata Roma llamándole Dios.

ESCENA II.

PROTÓGENES. CALÍGULA.

Calígula. Ah! eres tú Protógenes? Crees que se haya calmado enteramente la tempestad?

Protógenes. El último relámpago se ha apagado en el cielo, y nada hay que temer.

Calígula. En ese caso, pensemos en otra cosa. Se consiguió nuestro proyecto?
Protógenes. Sí.
Calígula. Stella...
Protógenes. Debe ya de estar aqui.
Calígula. Y nuestro animoso galo?
Protógenes. Ha sido conducido al mercado de los esclavos.
Calígula. Bien... todavía soy el dueño de los destinos.
Protógenes. Y habeis podido dudarlo un instante? En efecto, os encuentro hoy pálido...
Calígula. Ha sido un sueño, y luego esta tempestad...
Protógenes. Todo sueño es, como sabeis, un presagio.
Calígula. Gran mágico seria el que supiese esplicar el mio. Escucha... estaba yo sereno y radiante sentado en el cielo al lado de los dioses, cuando de improviso, indignado Júpiter, me lanza á la tierra. Halléme en las orillas del Océano; pero noté con espanto que sus olas, que venian á refluir en la playa, tenian el color de sangre. Bien pronto llegaron hasta mis pies estas olas, por mas que pretendí huir de ellas: estaba agarrotado, sin fuerzas para andar ni para moverme. El mar traspasaba sus limites, y viéndome inundar por las aguas, grité pidiendo socorro; cuando una voz sin cuerpo, horrible y misteriosa, me ordenó que callara: yo obedecí, y todo quedó en silencio, porque estas aguas no tenian sonido aunque chocaban contra las rocas; y empezaron á hincharse de tal modo, que ya sentí oprimirse mi pecho sofocado. Entonces, un nuevo prodigio se ofreció á mis ojos: cada ola al levantarse del nivel del mar, asomó en su estremo una cabeza humana, y estas cabezas eran las de mis víctimas. Asi vi pasar por delante de mí todas estas horribles facciones amenazantes; y esto duró largo tiempo, porque ya sabes que son muchos los que han perdido por mí la vida.—Despertándome, en fin, de este espantoso ensueño, temblando, palpitante, me senté en el lecho, y oí que la tempestad tronaba furiosa sobre mi frente: sobrecogido por este duplicado presagio, huí hasta aqui, donde implorando al Dios del rayo, me ha encontrado el dia.

Protógenes. César! no se deben desoir los avisos de los dioses: en Roma se prepara algun suceso, que tiene mucha conexion con ese ensueño.

Calígula. Qué es?

Protógenes. Los graneros de Roma estan exhaustos.

Calígula. Qué dices?

Protógenes. Anoche el pueblo reunido al saber esta nueva, ha forzado las puertas de los almacenes y ha arrebatado todo el que quedaba.

Calígula. Y cómo es posible....

Protógenes. El viento contrario ha arrojado hácia el mar la flota de Sicilia que debia conducir el trigo: el pueblo, careciendo de pan por esta razon, viene como un mendigo á pedir limosna al emperador.

Calígula. Bien... como un mendigo! eso quiero; que venga y pondré mi pie sobre su frente humillada! Estoy cansado de ver á ese pueblo insaciable mantenerse de las sobras de mi mesa; si le falta el trigo, tanto mejor; que tenga hambre. Le aborrezco de tal manera, que daria cuanto poseo porque solo tuviese una cabeza y poderla cortar de un golpe.

Protógenes. Quereis que se contenga la rebelion, ahora que empieza, para que no se robustezca?

Calígula. No, déjala llegar aqui... no es ese peligro el que yo temo.

Protógenes. Quereis saber los nombres de los gefes?

Calígula. Sí: ¿son muchos?

Protógenes. Dos.

Calígula. (*Con una sonrisa de desprecio.*) Veamos.

Protógenes. El primero se llama Annio: su nobleza es tan antigua como Roma. El otro es Sabino, tribuno, pero hombre oscuro.

Calígula. Ambos sabrán mañana cual es el término de su vida. Hazlos prender y enciérralos en los calabozos subterráneos del palacio. Procura sobre todo que nadie los vea. Entre tanto haz que venga Claudio.

Protógenes. Y Mesalina?

Calígula. Despues.

Protógenes. Quereis verla tambien?

Calígula. Ella sabe por dónde ha de venir aqui, y acaso tambien sabe que debe hoy llegar con Afranio nuestra hermosa cautiva.

Protógenes. A propósito ; me olvidaba.... tu médico Cneyo, ha demandado á Afranio ante el pretor.

Calígula. Por qué motivo ?

Protógenes. Porque no le ha pagado aun treinta talentos que le ofreció, con tal que le dijese cuándo podia sin arriesgar su vida, ofrecerla á los dioses por la del emperador.

Calígula. Está bien... gracias.

ESCENA III.

Los mismos. AFRANIO.

Afranio. César !

Calígula. Ha venido?

Afranio. Espera vuestras órdenes.

Calígula. Hazla venir.

Afranio. Hola! (*Sale un criado y Afranio le habla en voz baja.*)

Calígula. (*A Protógenes.*) Avisa á Claudio que venga.

Afranio. El emperador no olvidará que he sido yo ..

Calígula. Sí , el emperador sabe bien cuánta es tu lealtad.

Afranio. Quereis que me ausente para que no me halle aqui Stella ?

Calígula. Sí. (*Vase Afranio.*)

ESCENA IV.

CALÍGULA.

Ahora ven á mis brazos, beldad radiante, con tus ojos dulces y tus blondos cabellos; ven, que César te espera, el señor del mundo, á quien un pueblo entero implora porque conserve sus dias. El le contestará: «espera , que estoy ocupado en mis amores.» Sí, sí... me agrada oir desde mi lecho á ese pueblo esclavo tronar como un volcan y decirle cuando quiero reposar.... «calla!» Me agrada saber que esa ardiente Mesalina me acecha celosa con sus miradas sombrías y amenazadoras. He de hacer que la den tormento para saber lo que ha hecho para encender

en mi corazon este amor tan estraño por lo fiel, que si me permite buscar las caricias de otra muger no me deja romper sus lazos. Sí... tronad en buen hora en rededor de mí, celosos transportes y gritos de rebeldes... servid de concierto á los placeres del leon.

ESCENA V.

CALÍGULA. STELLA *conducida por dos hombres que se retiran al momento.*

Stella. Dónde estoy? qué palacio es este? Ah! Cesar! (*Cayendo á sus pies de rodillas.*) Ya estoy libre. No sabeis, hermano mio, lo que ha sucedido? Me han robado maltratando á mi amante. Tú los castigarás, no es cierto?

Calígula. De ningun modo.

Stella. Serias capaz de tolerar semejante infamia? Lo que han hecho...

Calígula. Lo han hecho por orden mia. Yo les mandé que te trajesen á mi presencia, muerta ó viva, porque te amo... te asombra esto?

Stella. No; me horroriza.

Calígula. Para que ha puesto Júpiter su poder supremo en mis manos, sino para que todo obedezca á mi voluntad? Ya sé cuanta es la austeridad de tu virtud; pero yo soy un dios y por lo tanto puedo dispensarte de los deberes de la tierra.

Stella. Os olvidais de que soy vuestra hermana?

Calígula. Vano pretesto!... tu obstinacion es inútil y serás mia... ven á mis brazos, Stella!

Stella. (*Echándose á la cara el velo y cruzando sobre el pecho las manos.*) Santo pudor, ven en mi auxilio!

Calígula. Ese es un lienzo demasiado sutil para que pueda ocultar una estrella. Crees tú que el amor de Cesar necesita como el amor de otro hombre, esperar á que le concedan lo que exige? No sabes que para vencer el desden de las ingratas, tiene una corona en la frente y en la mano una cuchilla? Piénsalo bien... aun es tiempo. Considera que tu brazo es débil y el mio fuerte, y que si lo quiero, puedo co-

mo arranco este velo, hacer que caiga en el suelo tu cabeza. (*Arrancándola el velo.*)

Stella. Dios mio! dadme valor y perdonadle mi muerte!

Junia. (*Dentro.*) Cuando os digo que yo puedo entrar á todas horas en la habitacion de Cesar...

Stella. Ah! mi madre! (*Quiere lanzarse á la puerta y Cesar la detiene poniéndola una mano en la boca.*) Mi madre!

Calígula. (*A los esclavos que entran.*) Llevaos á esa muger... me respondereis de ella con vuestra cabeza.

ESCENA VI.

CALÍGULA. JUNIA.

Calígula. (*Abriendo la puerta por donde sale Junia.*) Por qué no os han abierto? perdonad, madre mia... he conocido tu voz... qué solicitas de mí?

Junia. Justicia! me han quitado á mi hija; me han robado á tu hermana!

Calígula. Y conoces al infame raptor?

Junia. No, pero vengo á preguntártelo á tí, á tí que eres Dios y lo sabes todo. Tú puedes con tu brazo imperial arrancarla del poder de los malvados y entonces sí que serás grande, cuando despues de vencer al enemigo como hombre, enjugues como Dios las lágrimas de Roma.

Calígula. Mas cómo podré saber dónde está?

Junia. Escucha... no perdamos tiempo. Ven, yo iré delante de tí y el instinto me guiará... yo iré lamentándome á gritos y preguntando á las madres hasta que logre encontrarla... ven.

Calígula. Aquila no podria ayudarnos?

Junia. Aquila... yo lo habia olvidado... el amor de una madre es egoista, Calígula! yo no te he dicho que le han preso como á esclavo y le han conducido no sé donde. Ya ves que es necesario que tú, nieto del grande Augusto, castigues sin tardanza dos horribles crímenes, cometidos cerca de tí, delante de tus ojos, y que no debes permitir que quede impune el que ha atropellado el honor de tu hermana.

Calígula. Sospechas de algun noble romano?

Junia. No... yo he sentido el hierro, pero no he visto la mano que me lo ha clavado; sin embargo, no es difícil adivinar, cual es entre esos nobles corrompidos capaz de un rapto y de un perjurio. Mas de uno de los que á tu lado están... tu tio...

Calígula. Claudio?

Junia. Sí... ese es el primero...

Calígula. Le haces demasiado honor... Claudio solo es capaz de cometer bajezas cortesanas, y no otra cosa.

Junia. Cherea tal vez...

Calígula. El crímen es demasiado grande para un cobarde, para un hombre afeminado que solo piensa en beber, recostado en un lecho de flores.

Junia. Sabino...

Calígula. (*Sonriendo.*) Ese, madre mia, se ocupa con buen éxito en asuntos de mas importancia: ahora es conspirador.

Junia. Entonces...

Calígula. Escucha: el culpado es sin duda un noble, un hombre poderoso, que podria vengarse de tí por temor de ver su crímen descubierto.

Junia. Qué importa?

Calígula. Pero yo debo velar por los dias de mi segunda madre... Oh! no saldrás de aquí; quiero que desde este momento habites en mi palacio, donde haré que te destinen una cámara. Nada temas, y en cuanto á tu hija, yo me encargo de encontrarla.

Junia. Hazlo asi, y yo que te he amado hasta ahora te adoraré de hoy mas.

Calígula. Te juro que no perderé un instante y que pronto verás á tu hija.

Junia. Cuándo?

Calígula. Mañana.

Junia. Oh! hijo mio, mi emperador, mi dueño!... mañana dices? bien, bien... yo iré donde tú quieras... No me has dicho que mañana?

Calígula. Sí. (*Se oye el pueblo bullir al pie del palacio.*)

Junia. Qué es eso?

Calígula. Nada: la realidad que sigue al sueño.

Junia. Ese ruido?...

Calígula. Es el mar que traspasa su orilla; pero no

temas, madre; esta roca puede resistir sus oleadas. (*Se van por la puerta del fondo: en el momento mismo levanta Mesalina el tapiz de la puerta de la izquierda y los sigue con la vista.*)

ESCENA VII.

MESALINA.

Bien... oculta á la hija cuidadosamente de las miradas de la madre; pon á cada puerta un centinela; á pesar de la distancia, de los soldados y de tí mismo, yo los reuniré si me conviene. El emperador se pierde y el pueblo está ahí pronto á proclamar á otro. Oh! el imperio! el imperio á quien el mundo entero rinde tributos puede ser mio con un emperador como Claudio, ese viejo imbécil, que me dejaría esplotar á mi capricho esa mina de oro que llaman poder. Calígula, tú adormecido entre mis caricias, no ves que como la serpiente voy á ahogarte entre mis brazos.

ESCENA VIII.

CALÍGULA. MESALINA.

Calígula. Mucho estrañaba no haberte visto ya.

Mesalina. Supe que teniais una amorosa entrevista y no queria distraer al emperador en tan dulce momento.

Calígula. Estais hoy muy complaciente y muy benigna... mala señal es, por mi vida.

Mesalina. Y qué os ha parecido esa rubia beldad? tendrán sus ojos azules el funesto poder de haceros olvidar los negros? Esas mugeres dicen que tienen lánguidos encantos, que agradan en estremo á los corazones ardientes. Os habrán seducido esos amores dulces, sin transportes.

Calígula. A haberme seducido, mas que sus encantos, hubieran hecho este prodigio sus lágrimas.

Mesalina. Hola! ya ha derramado lágrimas? qué cierto es que todas sabemos cual es el poder de nuestros

atractivos, y que un rostro sereno, no vale tanto como un rostro que á la vez llora y rie.

Calígula. Te engañas: su dolor era verdaderamente amargo y decidida su resistencia.

Mesalina. Si asi fuese, ya no existiria, porque no habriais podido soportar sin vengaros tal ultrage.

Calígula. No sabes que hay una ley que impide quitar la vida á las doncellas?

Mesalina. Cuando las hijas de Sejan se ampararon de esa ejida en tiempo de Tiberio, éste las eligió por sí mismo el carcelero y al dia siguiente ya podian morir.

Calígula. Gracias: el consejo es bueno y lo aprovecharé; sobre todo en la parte que me toca.

Mesalina. Qué decís?

Calígula. Qué soy yo quien ha de guardarla, pues no me atrevo á confiarla á nadie. Alguien viene; no hablemos mas de este asunto... vamos ahora á ocuparnos de otra cosa.

ESCENA IX.

Los mismos. PROTÓGENES *y despues* CHEREA. CLAUDIO *y* AFRANIO.

Protógenes. Ya están cumplidas vuestras órdenes.

Calígula. Lo sé.

Protógenes. Teneis que mandarme otra cosa?

Calígula. Necesito seis lictores.

Protógenes. Nada mas?

Calígula. Nada mas.

Protógenes. Claudio está ahí.

Calígula. Que venga.

Protógenes. Solo él?

Calígula. Todo el que quiera; pero que no salga ninguno.

Mesalina. Qué significa ese rumor al pie del palacio

Calígula. Descorre esas cortinas para que entre el aire puro de la mañana: el cielo está sereno y las últimas nubes han desaparecido arrojadas por la tempestad.

Mesalina. No oyes?

Claudio. (*Sale.*) Cesar... no sabes lo que pasa?

El pueblo. (*Dentro.*) Trigo, Cesar!... trigo!

Cherea. (*Saliendo.*) Vengo á recibir vuestras órdenes. El pueblo despues de haber cometido mil desafueros, se ha reunido tumultuosamente en el Foro. No ois?

Calígula. (*Con desprecio.*) Sí.

Afranio. (*Sale azorado.*) Señor!...

Calígula. Qué es eso, consul? por qué tiemblas asi?

Afranio. Temia por vuestra vida...

Calígula. Cierto?

Afranio. No veis esas hordas feroces que se arremolinan al pie de vuestro mismo palacio? No ois sus gritos amenazadores?

Pueblo. Pan, Cesar!

Calígula. Te engañas... son demostraciones de júbilo.

Afranio. No os burleis, señor! peligra vuestra cabeza. Cuando salia del palacio se han apoderado de mí esos furiosos. Yo estaba sin guardia, desarmado, y no pude resistir.

Calígula. Mas por último, la turba insolente respetó tu magestad sagrada, puesto que te veo en libertad.

Afranio. Sí, pero he tenido antes que prestar en sus manos juramento, de que vendria á comunicaros sus deseos...

Calígula. Es decir, que vienes como heraldo! habla.

Afranio. Quereis que yo diga al divino emperador las insolentes palabras...

Calígula. No lo has jurado?

Afranio. Si vos me lo ordenáseis...

Calígula. Sí, sí... lo quiero.

Afranio. Ya sabeis que hace un mes que el viento contrario arroja lejos del puerto á la flota de Sicilía, tanto, que el pueblo cree ver en esto un castigo del cielo y sospecha que el emperador... perdonad! es el pueblo el que habla por mi boca.

Calígula. Acaba.

Afranio. Sospecha que el emperador habrá hecho alguna secreta ofensa á los dioses y que Roma sufre en este momento el castigo de un solo hombre. Asi, pide que una espiacion...

Calígula. Tiene razon el pueblo, sí... he cometido un crímen espantoso y Júpiter se ha acordado sin duda

de una promesa que le fue hecha y que aun no se ha cumplido. Pero aun es posible reparar esta culpa y la espiacion será pronta y terrible. Acuérdate de que un hombre ofreció á los dioses su vida por la mia, y que yo, débil y complaciente no he querido derramar la sangre de este hombre. La voz del pueblo es en este momento un aviso del cielo, y me es fuerza escucharlo por mas que mi corazon se despedace al satisfacer tan justa deuda.

Afranio. Qué decís?

Calígula. Que Roma no debe pagar los delitos de un solo hombre.

Pueblo. Pan, Cesar!

Calígula. Ya te oigo, pueblo, espera.

Afranio. Cesar!

Calígula. Sí, dentro de algunos instantes, el viento se tornará propicio, y la flota entrará con las velas hinchadas en el puerto.

Afranio Un heraldo, es inviolable, Cesar, piénsalo bien....

Calígula. Miserable!

Afranio. Pueblo! socorro!

Pueblo. El cónsul! muera Calígula! el cónsul! el consul!

Calígula. Le quieres? héle ahí. (*Arroja á Afranio desde lo alto de la galeria.*) Júpiter, recibe tu víctima.

Cherea. (*A Mesalina.*) Si aprovechásemos este instante.

Mesalina. (*Deteniéndole.*) Mira... el pueblo se arrodilla.

Pueblo. Viva el emperador!

Una voz. A quién nos darás por cónsul?

Calígula. A mi caballo. (*Con desprecio.*)

ACTO TERCERO.

El atrio de la casa de Cherea: al rededor los retratos de sus antepasados; á la izquierda del espectador el altar de los dioses Lares. Una puerta en el fondo y dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

CHEREA. UN LIBERTO.

Cherea. No ha venido nadie?
El liberto. Nadie.
Cherea. Creo que podré confiarme á tí.
El liberto. Señor!...
Cherea. Voy á encargarte una comision de suma importancia. Vete al Foro y trae un esclavo que compré ayer al pasar por allí. Para que no pueda fugarse, átale bien las manos y véndale los ojos y en seguida le traerás dando algunos rodeos para que no pueda saber á donde ha venido.
El liberto. Quereis que entre aqui mismo?
Cherea. Sí.
El liberto. Lo haré como deseas.

ESCENA II.

CHEREA *apoyando el codo sobre el altar y cubriendo con el manto su cabeza.*

Perdonadme, sagrados dioses, si mudo y aflijido llego siempre á vuestro altar ocultanto mi rostro con mi manto. Yo no me atrevo á levantar los ojos... vosotros habeis conocido á mis mayores, libres y honrados, y cuando os veo, patrióticos emblemas, tengo vergüenza de Roma y de mí mismo. Yo creo sin embargo que vuestras miradas habrán llegado hasta el fondo de mi alma y que habreis conocido todos mis

proyectos y esperanzas. Oh! si conociéseis solamente la mitad de mis dolores! hubiérais tenido piedad sin duda al verme entregado á los amores de esa Mesalina, oprobio de nuestros dias; hubiérais tenido piedad al verme sufrir cobardemente los insultos del tirano. Vosotros lo sabeis.... todo esto no tiene mas objeto que preparar una catástrofe sangrienta. Verdad es que no fue asi como conspiró en otro tiempo Bruto; á la luz del sol y en medio del senado reunido, vengó su puñal los ultrajes que habia recibido la república. Pero en aquel tiempo el amigo podia confiar sus secretos en el seno del amigo, seguro de que quedaria sepultado en su pecho como en un abismo; ahora, soldados, senadores, ciudadanos, todos son miserables delatores; por manera, que para hallar un amigo fiel, es necesario buscarle en el corazon de un esclavo. Oh, dioses! haced que en ese esclavo galo, encuentre lo que en vano he buscado en esa raza de Roma, ciega y bastarda, que responde con cánticos á los lamentos de su patria. Quién viene? ah! Protógenes! qué vendrá á hacer aqui este miserable espía?

ESCENA III.

CHEREA. PROTÓGENES. ANNIO. SABINO, *y dos* LICTORES.

Protógenes. Señor, vengo á poner en tus manos estos dos jóvenes, que han sido cogidos ayer con las armas en la mano, creyendo sin duda que hablaban con el antiguo pueblo de Roma, y queriendo hacer creer á la plebe una ridícula mentira. Queria probarles que cuando el trigo falta, falta el pan; y que faltando el pan, moriria de hambre. Afortunadamente el pueblo comprendió el artificio de este mal argumento, y los ha puesto en nuestras manos para que se haga de ellos justicia. César quiere que sean interrogados por tí antes de condenarlos, á fin de que procures indagar si tienen algunos otros cómplices. Como sabe cuánta es tu adhesion, quiere probártelo asi.

Cherea. (Dudará quizá...)

Protógenes. (*A los dos jóvenes.*) Acercaos. (*A Cherea.*) Nada temas: tengo centinelas colocadas á la puerta, y yo mismo me quedaré aqui por si tienes algo que ordenarme.

Cherea. (Comprendo... quiere espiarme!) Annio! Sabino!

Annio. En otro tiempo conocimos á un Cherea, soldado de mucho nombre en la guerra; pero no sabíamos que este hombre hacia en tiempo de paz el papel de cuestor.

Cherea. Entre los empleos con que el emperador recompensa los servicios de sus súbditos, cualquiera que yo ejerza será para mí honroso; de manera, que el soldado no se avergonzará jamas del ciudadano.

Annio. Qué quieres tú que juzguemos del uno y del otro?

Cherea. Cada uno tiene marcado su destino.—Voy á interrogaros.

Sabino. Empieza, pues. (*Se sienta.*)

Cherea. Qué maléfico genio te ha impelido á la rebelion, Annio? Tú, el heredero de un nombre cubierto hasta aqui de gloria!

Annio. Me acordé de que uno de mis abuelos, famoso por sus virtudes, habia muerto al lado de Bruto.

Cherea. Y tú, Sabino?

Sabino. (*Jugando con su cadena de oro.*) Yo?

Cherea. Responde.

Annio. Sí; responde, hermano.

Sabino. A fé mia, tribuno, yo he conspirado por distraerme: hace ocho dias que la fortuna me es contraria; Lépido, mi mejor amigo, ha muerto. Para consolarme de esta pena apelé al juego, y el juego devoró hasta el cuero de mi bolsa. Para hacerme olvidar esta pérdida, me quedaba el corazon de mi querida: voy á su casa... una hora antes me la habia quitado el atleta Sergio. Justamente cuando esto me sucedió, vi al pueblo que corria en tumulto, y corrí con él: gritaba, y yo tambien grité, no sé qué cosa... asi, como, muera César; y en el momento en que mas alzaba el grito, me sorprendieron y me dejé coger... en esto fue en lo que hice mal.

Cherea. Y no sabeis, insensatos, que habeis jugado vuestras cabezas contra el emperador?

Annio. Bien; que las tome, puesto que las ha ganado: es muy justo.
Cherea. Debo recurrir á los tormentos para haceros confesar los nombres de vuestros cómplices?
Sabino. Haz lo que quieras.
Annio. Cómplices, tribuno? Yo he abrigado largo tiempo la esperanza de encontrar uno, pero esta esperanza se ha disipado como un relámpago. Este hombre, fue un valiente que al lado de Germánico combatió como un buen soldado. Pero me han dicho que despues, olvidando su gloria, vive entregado á las inmundas caricias de una impúdica cortesana, de la que no se aparta sino para besar la mano de su opresor. Conoces este nombre, tan alto en otro tiempo y hoy tan humillado?
Cherea. No.
Annio. Bien está. ¿Podemos saber cuál es la suerte que nos preparas?
Cherea. Sereis conducidos otra vez á las prisiones, y allí esperareis á que la clemencia del emperador decida de vuestro destino.
Sabino. Si su clemencia dispusiese que seamos puestos en el tormento, encarga á los verdugos que no desfiguren nuestros rostros, para que no asustemos á Proserpina cuando bajemos al infierno. Adios.

ESCENA IV.

CHEREA.

Adios, desgraciados jóvenes, últimas centellas del fuego republicano! Aunque mi corazon participe de vuestros mismos deseos, no puedo sustraeros á la muerte que os aguarda. Oh! si yo hubiera sabido que en Roma existian aún dos almas nobles, en este momento marcharia yo tambien al suplicio y moriria con vosotros; pero si ahora vivo, vivo para vengaros.

ESCENA V.

CHEREA. EL LIBERTO *y* AQUILA *con las manos atadas y los ojos vendados.*

Liberto. Ya estamos aqui, señor.

Cherea. Veo que me has comprendido; ahora cuida de que nadie venga á sorprendernos.

Liberto. Nada temas. (*Vase.*)

Aquila. (*Arrancándose la venda al momento que Cherea le desata las manos.*) Quién eres tú?

Cherea. Tu señor ó tu amigo.

Aquila. En ese caso, espliquémonos con franqueza.

Cherea. Habla.

Aquila. A pesar de mis derechos de ciudadano de Roma, me han insultado y han atado mis manos con esas cuerdas; me han vendido como á un esclavo... pero esto á tí nada te importa; tú me has comprado, y por lo tanto eres mi dueño.

Cherea. Prosigue.

Aquila. Bien sé cuáles son tus derechos: tú puedes á tu capricho maltratarme y darme la muerte; yo no tengo á mi favor mas que un recurso: cuando sea mi voluntad puedo morir, y este solo derecho restablece el equilibrio de tal modo, que soy libre como tú. Ahora hablemos, si te parece, de ciudadano á ciudadano.

Cherea. Sea, pues.

Aquila. Quieres oro para devolverme mi libertad? pide el que quieras; y si te falta tiempo para contarlo, lo mediremos en tu casco y el mio.

Cherea. Gracias.

Aquila. Te comprendo: sin duda como guerrero has dirigido á otro objeto tus deseos: pues bien, te daré diez de mis mejores caballos de raza árabe.

Cherea. No: no es eso.

Aquila. Quieres alhajas para adornar á tu querida? Yo te daré cuanto puedas desear.

Cherea. No es eso tampoco lo que yo quiero.

Aquila. Dilo tú mismo.

Cherea. Escucha. Algunos romanos creen que los hier-

ros que los oprimen pesan demasiado en sus manos; uno de estos ha tenido la esperanza de hallar un hombre leal y reservado, cuyo brazo atrevido pudiera ayudarle á romper el yugo de la Italia y la Galia.

Aquila. Y sabes tú cuáles son los medios que ese romano propone?

Cherea. Aquellos de que puede disponer un conjurado resuelto.

Aquila. Pero cuáles son?

Cherea. La espada y el puñal.

Aquila. Y á quién debo herir?

Cherea. Al emperador.

Aquila. Ya ves que te he escuchado sin temblar. Hace tiempo que soñando con la libertad de mi pais habia formado un proyecto semejante; pero la casualidad llevó un dia al emperador á la casa de mi madre, y bebí con él en una misma copa el vino de la hospitalidad: desde este dia César es mi huésped, y un huésped es sagrado.

Cherea. Y si fuese este el único medio de recobrar tu libertad?

Aquila. Moriré esclavo.

Cherea. Galo, ¿y no pierdes con tu libertad una madre, una patria, ni una querida?

Aquila. Todo eso he perdido: el sol de mis abuelos, el suelo que me vió nacer y que yo adoro con el amor ardiente de la patria, mi madre que morirá de dolor, y mi amante, en fin, que me fue robada en aquella hora funesta.

Cherea. Pues bien: libertad, querida, madre, patria, todo te será devuelto, si tomas el puñal y quieres ayudarme.

Aquila. Los dioses guarden á César.

Cherea. Ruegas por su vida, desgraciado! teme por la tuya.

Aquila. Hiere cuando quieras, señor; soy tu esclavo.

ESCENA VI.

Los mismos. EL LIBERTO, *y luego* MESALINA.

Liberto. Una muger desea hablarte en el momento.
Cherea. Que venga. (*Vase el Liberto.*) Tú entra un instante en ese gabinete. (*Sale Mesalina.*) Salud á la hermosa que viene á derramar la alegria en mi humilde casa.
Mesalina. Alegria! no amigo: todas las noches no son tranquilas y serenas.
Cherea. Qué! acaso no se ha calmado la sedicion, y estás por eso sobresaltada?
Mesalina. No: la sedicion se ha apagado y sus gefes han sido presos: otros son los peligros que nos rodean, y por eso he venido á avisarte. Por una circunstancia imprevista acaso se librará César de nuestra cólera.
Cherea. Librarse! cuando esta noche debia morir.... Sospechará acaso?
Mesalina. No: estoy segura de que nada sospecha.
Cherea. Si es asi, qué es lo que temes? No puedes tú con solo pronunciar tu nombre abrir todas las puertas de palacio?
Mesalina. Sí, ayer ese nombre era una talisman; pero acaso desde esta noche habrá otro nombre mas poderoso.
Cherea. Qué dices?
Mesalina. Que César se ha entregado á un nuevo amor.
Cherea. Y quién es la muger...
Mesalina. Una jóven á quien llama su hermana, y que vivia en Narbona, de donde ha venido á Roma con un tal Aquila.
Aquila. (*Aparte.*) Qué dice esta muger?
Mesalina. Esta mañana fue conducida al Palatino.
Aquila. (*Saliendo.*) No querias tú un hombre para herir al emperador? aqui le tienes: le necesitas todavía?
Mesalina. Nos estaban escuchando...
Aquila. Sí.

Cherea. Al fin consientes?

Aquila. Al instante: que muera, pero por mi mano. Tribuno, dame sin tardanza armas; un hierro, una espada, un puñal.

Cherea. De qué proviene ese encono?

Aquila. No lo comprendes? Esa hermana de César debia ser mi esposa, y yo... yo soy su amante Aquila. Ea, acaba pronto, dame un puñal, y pide á los dioses que llegue á tiempo para salvarla.

Mesalina. Aun no es hora: crees en la fidelidad de tu amante?

Aquila. Oh! sí.

Mesalina Quieres que te lleve á donde está, y la vuelva á tus brazos?

Aquila. Puedes tú hacer eso?

Mesalina. Sí.

Aquila. (*Cayendo de rodillas.*) Oh! hazlo como lo dices, y yo, que no tengo culto ni dios, te adoraré.

Mesalina. Sígueme.

Aquila. Vamos.

Cherea. Qué haces? cuando tenemos un cómplice seguro....

Mesalina. Pronto tendremos dos. (*A Aquila.*) Ven.

ACTO CUARTO.

Un dormitorio con un lecho en el fondo y dos puertas laterales: á la derecha una ventana: á la cabecera del lecho un candelabro, y al pie del mismo lecho una copa con el agua lustral.

ESCENA PRIMERA.

STELLA, *sola, arrodillada á los pies del lecho.*

Creo que ha sonado rumor hácia esa puerta. Dios mio! salvad mi virtud ó que yo muera. No... nadie viene... Señor misericordioso, protegedme! Vos, que salvasteis á Daniel en el lago de los Leones: vos, que librasteis del furor de las llamas á tres inocentes arrojados en un horno por el tirano de Babilonia, yo os imploro con todo el terror que en este instante me sobrecoge el alma... Oh! no... ahora no me he equivocado... (*Se levanta.*) Se oye ruido... (*Corre á la ventana.*) Ah! yo me libraré á lo menos de su infame amor.

ESCENA II.

AQUILA. STELLA.

Aquila. Stella!
Stella. Aquila!
Aquila. Mi Stella!
Stella. (*Cayendo á los pies de Aquila.*) Dios poderoso!
Aquila. Mi amor! mi vida!
Stella. Gracias, Dios mio! vos habeis escuchado mis ruegos. (*Levantándose.*) Y mi madre?
Aquila. Tu madre? ya la encontraremos: ahora es necesario huir.
Stella. Crees tú que podamos?
Aquila. Sí: una muger, ó mas bien un genio bienhechor, teniendo piedad de mi ardiente agonía, me

trajo por la mano hasta esta estancia, atravesando cien oscuros corredores. Esta misma muger podrá sin duda salvarnos. Ven... huyamos.

Stella. A dónde?

Aquila. Qué nos importa adonde, con tal que pongamos una barrera entre César y nosotros; el Océano, los Alpes, un mundo si es preciso?

Stella. Sí, dices bien: no perdamos un instante.

Aquila. Sígueme. (*Empujando la puerta.*) Esta puerta!...

Stella. Está cerrada?

Aquila. Sí.

Stella. Y cómo!...

Aquila. Quién sabe! acaso nos habrán visto, y César...

Stella. Calla!... tú aumentas mi desesperacion.

Aquila. Nos tiene en su poder á los dos.

Stella. A los dos!

Aquila. Y sin armas... sin armas!

Stella. No perdamos la esperanza.

Aquila. Ah! otra puerta! (*Se dirige á ella y procura en vano abrirla.*) Tambien cerrada.

Stella. Ay!

Aquila. No hay salida... ninguna! Espera... esa ventana... tal vez podremos escapar por ella.

Stella. Imposible.

Aquila. Y por qué, no teniendo reja?

Stella. Porque hay soldados en el patio.

Aquila. (*Dejándose caer en una silla.*) El cielo nos ha maldecido.

Stella. Hermano mio!

Aquila. Ya no hay esperanza.

Stella. Oyeme, hermano.

Aquila. Qué puedes decirme?

Stella. Yo te creia con mas valor para morir.

Aquila. Si no temiese mas que la muerte!... pero verte en los brazos de ese infame... Ah!

Stella. Escúchame... quien quiera matarme, á mí, pobre y débil muger, no necesita hierro y con sus manos puede ahogarme.

Aquila. Qué dices?

Stella. Júrame...

Aquila. Stella!

Stella. Que en el momento en que esa puerta se abra...

Aquila. Basta...
Stella. Si mi Aquila me ama, es imposible que pueda preferir mi deshonor á mi muerte.
Aquila. Oh!
Stella. Morir por tu mano, será para mí la felicidad.
Aquila. Calla.
Stella. Piénsalo bien, Aquila.
Aquila. Es un delirio.
Stella. Es el único medio de salvarme, el único.
Aquila. Calla, te digo.
Stella. Dadle valor, Dios poderoso! porque yo conozco que el mio se acaba. Morir tan pronto!... morir!...
Aquila. Sí, moriremos sin duda, pero antes...
Stella. Me haces estremecer.
Aquila. Escucha: este momento, que es el último de nuestro último dia, consagrémosle al amor, á la felicidad...
Stella. Qué dices?...
Aquila. Sí, hoy el amor y mañana la nada.
Stella. Desgraciado!... eso que tú crees la nada, es la segunda vida; es el eterno dia que no tiene occidente, la esperanza del justo y el terror del malvado.
Aquila. No, Stella, mas allá de la tumba no hay vida.
Stella. Alma ciega y llena de tinieblas! La tumba es la barrera donde Dios separará al que le ha adorado del que le ha desconocido.
Aquila. Pues bien, supuesto que tu Dios por una ley bárbara hace un crimen del amor; pues que tu Dios separa lo que la tierra no ha podido separar, que venga ahora á arrancarte de mis brazos.
Stella. No... que mas bien nos reuna para siempre al pie de su trono divino.
Aquila. Unidos siempre, sí, en el cielo, en el infierno, donde tú quieras, pero unidos siempre.
Stella. Ya lo veis, Señor, el ciego abre los ojos y perdido en las sombras busca tu luz.
Aquila. Pero tú me has dicho...
Stella. Que en la hora de la muerte mi Dios castigaba á los que no le habian reconocido. Escúchame; yo quiero que mi Dios sea el tuyo y mi creencia la tuya, á fin de que en el cielo sea tuya tambien Stella.
Aquila. Y eso es posible?

Stella. Qué es la felicidad de un instante comparada con la felicidad eterna que nos espera en el cielo? Qué ese amor efímero y culpable, comparado con aquel amor inmenso, inestinguible, que Dios pone en el corazon de sus elegidos?

Aquilla. Pero yo soy pagano.

Stella. Qué importa, si tu alma está dispuesta á inflamarse con el fuego celeste? Qué importa si hoy quieres salvar tu alma?

Aquila. Qué debo hacer para conseguirlo?

Stella. Creer en él.

Aquila. Oye... no sé si esa eternidad prometida á nuestro amor, durará solo un dia ó será para siempre. Yo no sé si la inestinguible llama de este amor, resucitará en mi alma cuando mi corazon haya muerto; pero sé en cambio, Stella, que yo creo en todo lo que tú me dices con esa dulce voz: que yo quiero que nos hiera el mismo golpe para participar de tu porvenir en la tumba.

Stella. Bien... puesto que Dios quiere que yo por este camino te conduzca al cielo, y que hoy sea apóstol la que era neófita ayer, voy á interrogarte.

Aquila. Ya te escucho.

Stella. De rodillas. Crees tú que mi Dios, por su poder inmenso, hizo el mundo de la nada?

Aquila. Sí.

Stella. Crees que Cristo, salvador predestinado, nació de una Vírgen y fue concebido del Espíritu santo?

Aquila. Sí.

Stella. Crees tú que murió voluntariamente y derramó su sangre por purgarnos del pecado del primer hombre? Crees que padeció y murió por nosotros en el santo madero de la cruz?

Aquila. Sí creo. (*Stella le echa en la cabeza algunas gotas del agua lustral.*)

Stella. Ahora bien, yo te bautizo en nombre de la trinidad santa. Tu ignorancia te habia cerrado las puertas de la morada de los bienaventurados; pero tu fé las ha abierto. Cristiano, el cielo te espera. (*Viendo abrirse la puerta y al César que aparece en ella.*) Mártir, levántate.

ESCENA V.

Los mismos y CALÍGULA *seguido de sus flaminios y lictores.*

Aquila. El Emperador!
Stella. Ya ha llegado la hora.
Calígula. Ah! ya conozco la causa de tanta virtud. De dia haceis alarde de un santo pudor; pero sabeis bien aprovechar la noche en brazos de otro amante.
Aquila. César, no os dejeis llevar de vuestras viles sospechas: esa muger no es mi querida.
Calígula. Pues qué es?
Aquila. Mi esposa.
Calígula. Si es asi, Vesta no podrá salvarla. Dices que es tu esposa?
Aquila. Sí.
Calígula. Tanto mejor: morirá.
Aquila. Morir!
Stella. Ah! (*Ocultando su rostro en el pecho de Aquila.*)
Aquila. Morir! y cuál es su crímen? haber rechazado con su pudor, con sus suspiros y sus lágrimas las incestuosas caricias de César respetando un amor legítimo? Tu abuelo Augusto, grande y justiciero, hubiera premiado esa resistencia que tú castigas, acaso porque se acordaba de que en los tiempos de la república, el puñal de Lucrecia llevaba la muerte al corazon de los Tarquinos.
Calígula. Te engañas, Galo; si esa muger no hubiese cometido otro crímen que el que tú dices, yo mismo la hubiera honrado y respetado; pero es otro su delito... la impiedad.
Stella. La impiedad?
Calígula. Dí, no has traido de la Galia el culto de un falso Dios?
Stella. Tú blasfemas, César: mi Dios es el único y verdadero.
Calígula. Ya lo ois: apoderaos de ella y llevadla.
Aquila. Castígame á mí tambien, porque su religion es la mia: César, yo soy cristiano.
Stella. No te dije que el Señor no nos separaria?

Aquila. Bendito sea, pues que por él morimos juntos.
Calígula. Juntos! no lo esperes.
Aquila. Qué dices?
Calígula. Que yo sé que el que muere, hace sufrir al que vive, y que se muere mil veces viendo morir.
Stella. Concededme á lo menos que yo sea la primera.
Calígula. No quiero que me creas un malvado: yo te lo concedo.
Aquila. Dónde está tu Dios, Stella?
Stella. Silencio.
Aquila. Ven á mis brazos... que se atrevan á arrancarte de ellos.
Calígula. Lictores, separadlos. (*Un lictor levanta su hacha sobre las cabezas de los dos jóvenes. Stella retrocede espantada y Aquila permanece inmóvil con los brazos tendidos hácia ella.*)
Stella. Oh! (*Los flaminios se apoderan de Stella y los lictores de Aquila.*)
Aquila. Furias del abismo!
Stella. Madre mia! madre mia! en nombre del cielo, socorrednos.
Aquila. (*Forcejeando entre los lictores.*) Stella!
Calígula. Atad á ese esclavo y llevaos á esa muger.
Aquila. Infame!
Calígula. Obedeced.
Aquila. Infame!
Calígula. Marchad.
Aquila. Infame!
Stella. A Dios, Aquila, A Dios, madre mia. (*Los sacerdotes se llevan á Stella por la puerta que está al lado de la ventana.*)

ESCENA IV.

CALÍGULA. AQUILA. LICTORES.

Aquila. (*Los lictores le atan á una columna.*) Si quieres gozarte en ver derramar lágrimas; si quieres oir lamentos, César, ve á presenciar la muerte de una muger tímida, porque aqui solo puedes atormentar á un hombre que no sabe llorar ni quejarse.

Calígula. Quién sabe si se encontrarán martirios que hagan salir lágrimas de esa roca?

Aquila. Pues bien; prueba si quieres, tigre, quién se cansará primero; los verdugos, ó la víctima.

Calígula. Jamas se arriesga César en ningun desafío, que no esté seguro de vencer.

Aquila. Insensato!

Calígula. (*Abriendo la ventana.*) Mira.

Aquila. Qué veo! Stella! Stella que marcha al suplicio, delante de mí...! Piedad, Calígula, piedad! haz que yo muera por ella. Mira, yo te imploro llorando como un niño.

Calígula. Qué dices, Galo? No podrás negar que he ganado, no es cierto? (*Vase riendo: los lictores le siguen.*)

ESCENA V.

AQUILA *solo: despues* JUNIA, *y al fin de la escena* MESALINA.

Aquila. Atado aqui, sin poder defenderla! Esto es horrible! Dios mio! dignaos escucharme... socorrednos. Alli está.... alli.... el lictor ha tomado su hacha.... Stella! por piedad, que muera yo con ella. Madre mia!... Junia!

Junia. (*A la puerta de la derecha.*) Quién me llama?

Aquila. Eres tú, madre? ven, corre.

Junia. Dónde estás?

Aquila. Por aqui, por aqui. Saca tu puñal, y corta al momento esta cuerda... córtala. (*Lanzándose á la ventana.*) Stella!

Junia. (*Reconociendo á su hija entre los lictores.*) Stella!

Aquila. (*Con abatimiento.*) Es tarde.

Junia. Misericordia! (*Aquila cierra la ventana: permanecen ambos un instante inmobles, sin hablar: despues, recoge Aquila las cuerdas que le ataban, y Junia el puñal que habia dejado caer.*)

Aquila. Desgraciado de tí, César!

Junia. Desgraciado de tí!

Aquila. (*Mirando á su alrededor.*) Dónde nos esconderemos para matarle?

Mesalina. (*Alzando el tapiz de la puerta.*) En mi casa.

ACTO QUINTO.

El triclinium (1) en el palacio de César: á la izquierda del espectador una mesa y tres lechos, sobre los cuales estan recostados Calígula, Claudio y el cómico Apeles, coronados de flores; alrededor de ellos, esclavos vestidos de blanco con cinturones de oro, que tienen en las manos servilletas de púrpura. Ninfas de Ceres y Bacantes: en el fondo, esclavos con antorchas encendidas; la habitacion está rodeada de arcos cimbrados que se estienden circularmente hasta el cuarto término, dejándose ver por ellos los salones del palacio: en el fondo una grada de tres escalones: á los lados dos puertas: á la izquierda del actor un trípode, en el que se queman perfumes.

ESCENA PRIMERA.

CALÍGULA. CLAUDIO. APELES. MESALINA *en trage de bacante, y un* CORIFEO *con una lira en la mano.*

Corif. (canta.) Presto os vais, horas dichosas
de nuestra dichosa vida;
ayer, apenas florida,
brilló nuestra juventud:
y por un misterio estraño
que la razon no comprende,
hoy la vejez nos sorprende,
y mañana el atahud.
Gozemos, pues, nuestra vida
entre mugeres hermosas,
ceñida la sien de rosas
y el seno henchido de amor;

(1) Comedor.

y los labios abrasados,
en la copa transparente
apuren con sed ardiente
de Baco el almo licor.

Calígula. Qué haces, Claudio? Tú que debes disponerlo todo como el rey del festin, inventa alguna cosa que nos divierta.

Claud. Estraño es que recurras á mí, cuando tienes á tu lado al histrion Apeles, cuyo oficio es agradarte: ordénaselo á él, y puedes castigarle con razon si no te divierte.

Apeles. César puede disponer de mí á su voluntad: estoy pronto á recitarle los versos de Emnio ó de Plauto, y si le agrada mas la tragedia, que escoja entre Sófocles y Esquilo.

Calígula. ¡Por Castor! un dia he de quemar hasta las tumbas de Píndaro y de Virgilio. ¿Qué han hecho para que el mundo se ocupe de ellos, ó para que crean que su gloria puede igualarse á la mia? Ellos hablan y yo ejecuto: ellos poseen la ficcion y yo la realidad: alguna vez logran á duras penas hacer derramar algunas lágrimas, y yo con una sola palabra puedo hacer derramar todas las que quiero: ellos asustan al culpable con muertes fingidas, y yo cuando tengo sed de sangre, mando á la muerte que se siente á mi mesa, hasta que llega el momento en que quiero que derrame el veneno ó esgrima la cuchilla. Dónde vas, Claudio?

Claudio. Me parece que he oido una voz que me llamaba desde la cámara inmediata.

Calígula. No, te engañas. Qué haces tú que no bebes, Apeles?—Escucha, á pesar de tu maestría, quiero que hagas un estudio profundo de tu arte en mi presencia. Que vayan á buscar á esos dos republicanos que fueron presos ayer, cuando gritaban: *mueran los Tarquinos.* (*Vase un esclavo.*) Mañana podrás imitar la agonía de su muerte, representando la tragedia de Medea ó la de Ifigenia.

ESCENA II.

Los mismos y CHEREA.

Calígula. Ah! Eres tú tribuno?
Cherea. Sí, Cesar! esta noche me toca velar hasta el dia en el palacio, y vengo á preguntar á mi augusto dueño cuál es la seña que se digna darme.
Calígula. Baco y Cupido.
Cherea. Y teneis alguna otra órden...
Calígula. Sí, toma ese vaso y bebe.
Mesalina. (*Aparte á Cherea.*) La suerte nos protege...
Cherea. Qué dices?
Mesalina. Todo está preparado.
Cherea. Para cuándo?
Mesalina. Para esta noche.
Cherea. No te ha engañado tu deseo?
Mesalina. No: todo depende ahora de tu valor.
Cherea. Y los dos cómplices que me habiais prometido?
Mesalina. Pronto los tendrás.

ESCENA III.

Los mismos. ANNIO *y* SABINO *vestidos con túnicas negras, ceñido el cuerpo con una cuerda y coronados de verbena.*

Calígula. Truécquense en himnos fúnebres los cantos del festin. Ahí teneis á dos Gracos, á dos republicanos, á quienes los destinos han perdido por haber nacido cincuenta años mas tarde de lo que debieran: por fortuna estoy yo aqui para reparar el error cometido por la suerte, haciéndolos morir cincuenta años antes de su término natural.
Annio. Y por qué dejar vuestras alegres canciones? Nosotros deseamos la muerte y la apetecemos, mas que vosotros esa vida de crímenes y de vergüenza.
Calígula. Por mi vida, que tengo un placer infinito al encontrar tanta armonía en nuestros deseos, y esto es tan cierto, amigos, que quiero concederos á cada uno lo que mas desee en este momento. Pedid.

Sabino. En cuanto á mí nada deseo: tenia curiosidad de ver antes de mi muerte qué especie de bestia feroz era un tirano: ya lo he visto á satisfaccion y es por cierto una mezcla de tigre y hiena.

Cherea. Desgraciado!

Calígula. Déjalos: no está lejos el momento en que han de querer hacerme olvidar cada una de esas palabras aun á costa de la vida de sus hijos y de la sangre de sus madres: éntonces será ya tarde y mi cólera caerá sobre sus cabezas terrible y sin piedad.

Cherea. Desgraciados!

Calígula. (*A Annio.*) Y tú nada pides?

Annio. Una copa y vino.

Calígula. En buen hora, bebe cuanto quieras; yo te haré el honor de acompañarte.

Annio. (*Tomando la copa y elevándola sobre el trípode.*) Divinidades pálidas, á quienes las tumbas ofrecen en tributo los despojos de los mortales, escuchad mis imprecaciones que contra Cayo César dirijo! En el momento de morir yo me ofrezco á sufrir todos los tormentos de Ixion atado á la rueda; de Tántalo implorando el agua que no puede tocar; de Sísifo procurando en vano subir la roca á la cima de una escarpada montaña; yo quiero padecer todos estos tormentos con tal que Calígula los sufra tambien conmigo y que descendamos juntos á vuestra morada sombría: y para que esta resolucion sea irrevocable ¡oh Manes! recibid esta libacion, en la que mezclo al vino de las fiestas, la verbena fúnebre que corona mi cabeza. (*Pausa.*) Desgraciado de tí, Cesar! el infierno ha aceptado mi sacrificio y ya nos espera. Ahi tienes la prueba en ese fuego que ha recobrado su ardor. ¡Oh desgraciado de tí!

Calígula. (*Tomando un cuchillo.*) Pues bien, puesto que los dioses te aguardan, no les hagas esperar, y diles esta noche misma que herido de mi mano vas á anunciarles que mañana me verán.

Mesalina. (*Deteniéndole.*) Qué haces? Esa muerte es demasiado dulce para semejante injuria. Para quién guardas los tormentos, si á un hombre que de tal manera te insulta le haces morir de un golpe y sin que padezca?

Calígula. Dices bien: di tú cuál muerte merece y quién ha de darle tormento.

Mesalina. Cherea.

Cherea. Yo, César?

Calígula. Sí, tú.

Cherea. Pero....

Calígula. Haz lo que yo te ordeno.

Mesalina. Pues que el emperador te los entrega, apodérate de ellos, insensato: si no les dará muerte por su propia mano: apodérate de ellos y venganos á los dos. Comprendes?

Cherea. Sí, comprendo.

Annio. Augusto, tu víctima te saluda; presto volveremos á vernos.

Calígula. Veremos si conservas luego ese mismo valor.

Annio. Siempre.

ESCENA IV.

Los mismos menos CHEREA. ANNIO. SABINO. CLAUDIO *ha desaparecido pocos momentos antes.*

Calígula. (*Con voz balbuciente.*) Mesalina!

Mesalina. Qué quiere mi augusto emperador?

Calígula. Dime, Mesalina, no es justa su muerte?

Mesalina Ninguna fue mas merecida.

Calígula. Sin embargo, me ha llenado de terror ese hombre. Dicen que cuando pesa sobre nuestras cabezas una amenaza semejante, es preciso sacrificar á uno de nuestros parientes mas inmediatos para satisfacer á los Dioses. Si yo probara...

Mesalina. Qué?

Calígula. Donde está Claudio?

Mesalina. Oh! no pienses en eso; ahuyenta ese recuerdo fatal.

Calígula. No, no; que venga Claudio: el vino no puede calmarme, y necesito sangre.

Mesalina. Pero Claudio no está aqui.

Calígula. Que le busquen y que muera.

Mesalina. Pues bien, sea; morirá, pero mas tarde. El sueño está cerrando ya tus ojos: busca en él la paz y no dudes que la hallarás. Duerme, mi noble emperador.

Calígula. (Cayendo en el lecho.) Oh, sangre, sangre!

El Corifeo á la cabecera del lecho canta.

Silencio! las tinieblas
El brillo han eclipsado
De la celeste luz.
Silencio! ya en los cielos
La noche ha desplegado
Su lívido capúz.
Cerráronse los ojos
Del que es del mundo dueño
Y á Júpiter igual.
Cesen ya los festines....
Que no turben el sueño
De César inmortal.

(Vánse todos menos Mesalina y Calígula. Los esclavos dejan caer los tapices que cubren la arcada, de manera que la habitacion queda enteramente cerrada.)

ESCENA V.

CALÍGULA *recostado y* MESALINA *al pie del lecho.*

Mesalina. Está bien; llévate contigo, turba servil, las luces de la orgia: cuando mañana salga el sol habrá dormido el emperador su último sueño, porque la guardia imprudente colocada á la puerta distraida por tus alegres voces, ha dejado pasar á la muerte cuando abria las puertas al placer. En fin, ya estás cogido en el lazo; por dos partes te amenazan asesinos, pero cuando mueras mi mano, se cerrará sobre vosotros, y víctima, y asesinos todos sentirán mi cólera. *(Vase.)*

ESCENA VI.

CALÍGULA. CLAUDIO *levantando un tapiz. Luego* JUNIA *y* AQUILA.

Claudio. He oido mal? Creo que esa muger hablaba en voz baja de asesinos que amenazan la vida del emperador; cuál será su objeto? Acaso la libertad de Roma ó una nueva esclavitud? Si pudiese huir an-

tes que me viese alguno en este sitio.... Oh, desgraeia! ya no es tiempo; el tapiz de la alcoba se levanta. Si estaré soñando?... Oh no! (*Aquila y Junia han salido un momento antes colocándose aquel á la cabecera y esta á los pies del lecho.*)

Aquila. (*Volviendo á poner sobre un pedestal la lámpara que ha tomado para mirar á Calígula.*) Es él. (*Deteniendo á Junia que hace un movimiento para herir á Calígula.*)

Aquila. Detente. (*Le echa la cuerda al rededor del cuello. Junia apoya el puñal sobre su corazon.*)

Junia. César, despierta.

Aquila. Despierta, César.

Calígula. Quién me llama?

Junia. Yo.

Aquila. Yo.

Calígula. Cómo habeis tenido la audaeia de entrar aqui?

Aquila. Míranos cara á eara; no nos conoees?

Junia. Yo soy Junia.

Aquila. Yo Aquila, el amante de Stella.

Junia. Yo su madre.

Calígula. Y qué buseais aqui á estas horas?

Aquila. No lo sabes? venimos á matarte.

Calígula. Socorro!

Aquila. Las paredes estan sordas eomo nuestros corazones.

Calígula. (*Cogiendo el brazo de Junia.*) Te engañas, ya vienen, favor, favor!

Junia. (*Procurando desasirse.*) Ah!

Calígula. No, Júpiter no quiere que yo muera; ya se aeerean.

Aquila. No eonseguirán mas que apresurar el instante de tu muerte.

Calígula. Favor!

Junia. Inútilmente gritas.

Calígula. Yo soy vuestro emperador.

Aquila. (*Ahogándole.*) Mientes, ya no lo eres. (*Calígula cae arrastrando tras si á Aquila, quien le pone una rodilla en el pecho.*)

Calígula. (*Espirando.*) Ah!

Aquila. Ahora, quien quiera que sea, que entre: ya nada temo.

ESCENA VII.

Los mismos. CHEREA. ANNIO *y* SABINO *con espadas desnudas.*

Aquila. Cherea!
Cherea. Mi esclavo Aquila!
Annio. Y el emperador?
Aquila. Le buscabais?
Cherea. Sí.
Aquila. (*Señalando al cadáver de Calígula sobre el cual tiene un pie.*) Habeis llegado tarde, acaba de morir á mis manos.
Sabino. Le han muerto y no hemos sido nosotros!
Cherea. Amigos, pensemos ahora en Roma: honor á tí jóven, que nos devuelves nuestra libertad.
Aquila. Yo no he merecido nada de Roma ni de vosotros. Dejadme.
Cherea. Ea pues, corre tú al capitolio y tú al senado, yo comunicaré entretanto al pueblo esta noticia.

ESCENA VIII.

Los mismos y PROTÓGENES *que sale por la puerta de la derecha.*

Protógenes. Ninguno atravesará el dintel de esta puerta.
Cherea. Quién nos lo impedirá?
Protógenes. Mirad. (*Todos los tapices se levantan y los asesinos de César se encuentran rodeados por la guardia germana.*)
Annio. Por Júpiter! estamos rodeados de un círculo de hierro.
Cherea. Mesalina.
Protógenes. Soldados, prended á los culpables y precipitadlos desde lo alto de las murallas.
Cherea. Miserables! (*Algunos soldados se apoderan de ellos y se los llevan.*)
Protógenes. Viva Claudio y que él sea el sucesor de Cayo. Dónde está? Que le busquen.

Mesalina. (*Sale.*) Vedle aqui. (*Levanta el tapiz que oculta á Claudio: los soldados le rodean y le traen á la escena.*)

Claudio. Por piedad, no me mateis. (*Protógenes le hace subir sobre el escudo de oro.*)

Protógenes. Que Claudio reine sobre nosotros y sea la gloria y el terror del Universo.

Claudio. Mio el imperio!

Mesalina. Y mios el imperio y el emperador.

ADVERTENCIA.

El traductor ha procurado antes que todo en la version de esta tragedia, facilitar su ejecucion en los teatros de España. Con este motivo ha creido deber suprimir algunos trozos que embarazan y hacen lenta la accion en el original.

ÍNDICE

de los dramas que contiene

ESTE PRIMER TOMO.

Pablo el Marino, drama en cinco actos.
Don Juan de Marana ó La caida de un ángel, misterio en cinco actos.
El Caballero de Industria, comedia en tres actos.
Catalina de Médicis, drama en cuatro actos, y un prólogo.
Calígula, drama en cinco actos, y un prólogo.
La Cuñada, comedia en dos actos.

ERRATAS.

En la página 61 del drama Don Juan de Marana, al final de la última línea, donde dice, á Dios con mis pecados, y; léase *á Dios con mis pecados, y con mis remordimientos al diablo. Hubo*

En la página 65 del mismo drama, última línea, donde dice: osamentos humanos, léase *osamentas humanas.*